

La melodía prohibida

Jardiel Poncela en Hollywood: *La melodía prohibida*

por Juan B. Heinink y Robert G. Dickson

Enrique Jardiel Poncela solía hablar de su paso por Hollywood en un tono entre indiferente y despectivo, como si el trabajo que allí realizó para los estudios californianos no hubiera sido más que un pasatiempo inútil. Lo malo de Jardiel es que era plenamente consciente de su enorme talento y ello le llevaba a pensar que casi todo cuanto hacía quedaba, en mayor o menor medida, por debajo de su potencial creativo. Ciertamente es que en su primer viaje a Hollywood no tuvo oportunidad de participar en ningún proyecto de especial relieve, porque tampoco los hubo. En 1932, los procesos de producción de cine sonoro todavía se encontraban a la busca de una fórmula satisfactoria y Jardiel había sido contratado para desempeñar un cometido tan ingrato y superfluo como lo era la adaptación de diálogos al castellano con destino al doblaje de películas americanas o para el rodaje de versiones españolas exportables hacia países de habla hispana. Así pues, y dejando de lado otras colaboraciones aún menos substanciales, entre octubre de 1932 y marzo de 1933, Jardiel sacó adelante los doblajes de *El beso redentor* (*Wild Girl*, 1932) y *Seis horas de vida* (*Six Hours to Live*, 1932), además de la adaptación cinematográfica de *La melodía prohibida*, film dialogado y cantado en español que produjo la Fox en 1933 bajo la dirección de Frank Strayer, y del que, al parecer, no se conserva ni negativo ni copia alguna.

Entre la información que recopilamos para elaborar nuestros libros *Cita en Hollywood* (1991) y la segunda parte de *Los que pasaron por Hollywood* (1992), hay varios documentos que guardábamos en reserva y que ahora nos permiten reconstruir al detalle el proceso de realización de *La melodía prohibida*. Fue a primeros de diciembre de 1932 cuando al escritor John Stone, bajo cuya

responsabilidad funcionaba el departamento extranjero de los estudios Fox, se le ocurre la idea de una película ambientada en los mares del sur de cara a un próximo vehículo de lanzamiento del popular cantante José Mojica, y le encarga a Eve Unsell que fuera desarrollando el argumento, mientras el guionista neoyorquino Paul Perez, de ascendencia portuguesa, se ocupaba de convertirlo en imágenes. Ya en enero de 1933, una vez concluido el trabajo de Eve Unsell, entrarán en el proyecto el músico William Kernell, llamado en esta ocasión a llevar la continuidad, y Enrique Jardiel Poncela, quien entre el 9 de enero y el 25 de febrero se dedicará a traducir del inglés y redactar en castellano el conjunto del guión, incluidos diálogos y letras de canciones.

El rodaje duró tres semanas, del 21 de febrero al 11 de marzo y, aunque no existe constancia de ello, todo parece indicar que Jardiel intervino en el mismo en funciones de director de diálogos o supervisor escénico. Al protagonista José Mojica, para quien estaba destinado el papel del príncipe Kalú, le acompañaron las actrices Conchita Montenegro y Mona Maris, como Tuila y Peggy, respectivamente, y un reparto integrado por Romualdo Tirado (Al Martin), Juan Martínez Pla (Bob Grant), Carmen Rodríguez (tía Olivia), Antonio Vidal (el gobernador), Ralph Navarro (Tom Nichols), Agostino Borgato (Win Ta Tu), Charles Bancroft (Ricky Doyle) y Soledad Jiménez (Fa Uma).

La melodía prohibida se proyectó por primera vez en una función de preestreno que tuvo lugar el 31 de julio de 1933 en el Teatro Loew's State de Los Ángeles, entrando en distribución comercial a partir de septiembre. En los títulos de crédito, en su apartado literario, figuraba escuetamente: «Adaptación cinematográfica de Paul Perez y Enrique Jardiel Poncela», de modo que los nombres de Eve Unsell y William Kernell se perdieron por el camino, cosa bastante habitual en la industria del cine americano.

El desarrollo argumental reproducido a continuación pertenece al narrador anónimo que lo redactó para Ediciones Bistagne en 1933 y que dicha editorial catalana publicó por entonces en forma de novela cinematográfica. Cabe suponer que los diálogos fueran extraídos de la propia película y que algo en ellos habrá de Jardiel, aunque aparentemente renunciara a su autoría cuando en el prólogo del libro *Exceso de equipaje* (1943) advertía estampado en mayúsculas, para no dejar lugar a dudas, que todo cuanto no estuviera incluido en alguno de los tomos que él mismo recopiló «no es mío ni lo acepto como escrito por mí». Cualquiera puede comprobar que *La melodía prohibida* no consta en su colección de obras completas, pero tampoco sus restantes adaptaciones para el cine, y resulta difícil creer que renegara de ellas en bloque sino que, más bien, las considerara fuera del ámbito estrictamente literario.

Las canciones intercaladas a lo largo del relato corresponden a los siguientes

títulos: *País ideal (The Islands Are Calling Me)*, *Siempre (Till the End of Time)*, *La canción del paria (Derelict Song)* y *La melodía prohibida (Forbidden Melody)*, compuestas por Harry Akst, con letras en inglés de L. Wolfe Gilbert, adaptadas al castellano por José Mojica y Enrique Jardiel Poncela. También aparecen fragmentos de *Como tú y yo* y *Cuando me vaya (When I Go Away)*, ambas con letra y música de María Grever.

© 2001 by Juan B. Heinink & Robert G. Dickson

La melodía prohibida



Argumento de la película

Las islas del Sur son como islas de poesía y de ensueño, parques de fecunda vegetación donde las palmeras gimen mecidas por los vientos adormecedores. Islas de Paraíso, donde muchas veces, los que buscan un rincón de soledad para el amor, van a recalar a ellas como a la tierra prometida que sirva de escenario a la inquietud de su pasión.

La canción indígena las describe con un fuego de emoción y de verdad:

País de amor.
de luz y color;
¡no hay nada igual
que mi tierra!
Las palmas,
las flores.
¡La mujer!
La brisa.
¡Los mares de cristal!
¡Vivir, morir!...

¡Vivir, morir!...
¡Soñar y querer!
¡Mi tierra es el ideal!

Los que nacieron en su suelo generoso lo adoran como amantes que cada día encontrasen en la amada una tonalidad distinta. Su tierra era de una belleza incomparable, idealizada por graciosos perfumes que se renuevan incesantemente.

Sus hijos son hermosos como ella. Altos, vigorosos, de líneas de gladiador sus hombres, razas fuertes y llenas de salud, no desgastadas por los vicios de una civilización suicida: sus mujeres, bellas y magníficas, de cuerpos esbeltos y firmes, de ojos negros y puros, bañados, siempre por el viento y el sol.

El amor tiene la gracia de los ritos primitivos, sin complicaciones, ni perversidades, dulce como la brisa del amanecer.

Gentes aisladas de los grandes núcleos modernos, su vestidura recuerda la de los antiguos moradores y van casi desnudos con la graciosa coquetería de los grandes collares de flores naturales, renovadas todas las mañanas y llenas aún del rocío de la aurora.

Amar, trabajar, orar... esta es la trilogía de los habitantes de aquellas islas afortunadas que el más fiero de los mares, el Pacífico, conservara en sus dominios para llenarse de vez en cuando de su aura voluptuosa.

Kalú era el príncipe de una de las islas que pueblan tal paraíso. Era un joven moreno, de cabello negro y abundante, oscuros y ardientes ojos donde florecía siempre una chispa de alegría y de ingenio, facciones enérgicas y dulces a la vez, con los labios entreabiertos por una sonrisa de bondad.

Todas las mujeres de la isla habían soñado con el amor de aquel príncipe, esbelto como un Apolo, vigoroso y firme como un campeón.

La sonrisa retratada siempre en el rostro de Kalú había hecho alentar muchas esperanzas, encender en esos altares de sentimiento que son el corazón de las mujeres, las lucecillas de un escondido culto. Pero pronto el príncipe eligió a una de ellas como favorita y compañera, como la novia predestinada por los dioses. Se llamaba Tuila y era de las más bonitas del lugar.

Las muchachas se resignaron con la elección, acallando sus ilusiones irrealizables y gozando del deleite voluptuoso de amar lo que es ya un imposible. Sin celos, sin rencores, se alegraban de la dicha de Kalú, convencidas de que los

dioses a veces son clementes con quienes esperan...

Aquella noche debían celebrarse las fiestas para anunciar solemnemente el compromiso de boda. Y todos, comenzando por Kalú, mientras se dedicaban lentamente a la tarea de quitar la corteza a los grandes cocos, reían como chiquillos, paladeando de antemano la hora mágica de la noche.

Win Ta Tu, hombre viejo y de gran influencia en la isla, más que nada por su vejez que le daba un derecho patriarcal aun sobre el mismo príncipe, les riñó bondadosamente:

-Vamos, vamos, a trabajar... Esto debe acabarse antes de media noche.

Y como viera que Kalú seguía bromeando con sus amigos, le miró con fingida seriedad.

-Kalú, pero ¿es que no has de pensar más que en jugar y divertirte? ¿Quieres ser un niño toda la vida?

Kalú rió y abrió los brazos como queriendo recoger la luz y el aroma del ambiente:

-Sí, el mayor tiempo que pueda, Win Ta Tu. La vida es corta y la juventud se pasa pronto.

-Sí, sí, pero aquí tienes a tus amigos que han estado pescando toda la mañana lo necesario para la fiesta de esta noche, mientras que tú enredabas por ahí...

-¡Bah!... No creo que yo les haya hecho mucha falta. Además, la fiesta de esta noche es para celebrar mi compromiso de boda. ¿Tú crees que se debe trabajar cuando se está de fiesta?... Anda, alegre esa cara, viejo gruñón.

-Vamos, vamos, al trabajo.

Y el mal humorado Win Ta Tu, que, ya en plena vejez, daba poca importancia a las pasiones juveniles, continuó en su labor de cada día, ayudado por los demás hombres de la tribu, mientras Kalú, alegremente, se alejaba de allí, pues había visto a su novia con otras muchachas en un cercano bosque de palmeras...

Tuila le vio también y coquetamente huyó corriendo a ocultarse entre unos arbustos...

El príncipe la llamaba con su dulce voz que al pronunciar el nombre de Tuila parecía acariciar...

Pasó entre las bellas muchachas de la aldea que le sonrieron ávidas de su palabra y de su mirar... A todas las miró sonriente, pero luego continuó corriendo por el bosque hasta encontrar a la linda novia, juguetona y traviesa.

La retuvo en sus brazos, fuertes y suaves a la vez.

-¿Conque esas tenemos, Tuila? Ya te enseñaré yo a que te escondas de mí.

-No me escondo. Ya sabes que te quiero. ¡Qué feliz soy, Kalú!

-Y lo serás siempre.

Respiraba ella, gozosa, esa nueva vida con que el amor llena a los enamorados. Le quería con toda su alma, con la sangre de su corazón, con su vida entera, que se la hubiera sacrificado con gusto. Le amaba, aún más de lo que él creía. Hay mujeres que tienen tesoros incalculables de ternura y que no quieren mostrarlos todos, con la íntima modestia de su espíritu. Tuila era una de estas.

Sus ojos miraron hacia lo alto, hacia la ruta por donde habría de declinar el sol. Siguió su curso, contemplando la línea invisible del horizonte que marcaría la hora de la ceremonia.

-¡Oh, Kalú! - continuó, estrechándose contra él-. Cuando pienso en que esta noche se celebrarán nuestros esponsales...

-Y yo cada vez que pienso en que la semana que entra estaremos casados... Me tienes que dar un anticipo...

-¿Un anticipo?

-Sí. Un beso.

Ella hizo un gracioso mohín.

-Ahora mucho pedir besos y cuando estemos casados no querrás ninguno.

-¿Que no querré ninguno? Tontuela. ¡Si no podría vivir sin ti!

Y mientras la acariciaba tiernamente con la dulzura del hombre noble y puro, cantó una canción de ritmo dulcísimo, con ese deseo de todas las razas libres y de todos los hombres victoriosos, de cantar... Cantó con una voz magistral, aterciopelada, voz que también era caricia:

Vámonos juntos corriendo
por los caminos de flores,

por los caminos de flores,
que son testigos de amores,
y no pueden repetir todo
lo que yo te cuento,
los besitos que te doy
eso se lo lleva el viento,
y sin que nadie lo sepa
más que tú y yo.
¡Ahhhh, ahhh... ah... ummm!
¡Cuánto voy a gozar!
¡Ahhhh... ah... ah!...
¡Cuando te vuelva a besar!
Y aunque al principio te enojas,
y hasta te quieras volver,
después de haberte besado
ya te lo preguntaré.
Vámonos, negra del alma,
y no me digas que no,
que aunque ninguno lo crea,
nadie se quiere en el mundo,
como tú y yo.

Se besaron. ¡Oh divina miel de los primeros besos inolvidables!... Corrieron por aquellos caminos orlados de las flores de más sugestivo color entre los senderos propicios a largas pláticas amorosas... Y así en este largo deambular, les sorprendieron las demás muchachas, quienes llevaban para Tuila unas coronas de flores, tejidas por sus manos.

Pero Tuila, un poco enfadada porque les habían interrumpido en su idilio, no parecía muy contenta de aquellos collares y los rechazó disgustada.

-No me gusta esta corona.

-¿Y ésta?

-Tampoco.

-¿No te gusta más este collar? -indicó otra de las amigas.

-No, no.

-Este sí que te va a estar bien...

Al fin acalló sus protestas, mientras Kalú, echándole un beso, se alejaba para ir a reunirse con sus camaradas, pues era preciso, antes de la noche, ir todavía de pesca y arrancar al mar algunas de sus presas más hermosas.

Un yate bordeaba las playas incomparables de la isla. Era el yate de miss Peggy, una joven millonaria norteamericana que, ávida de novedades y emociones, había salido de su país en un viaje por tierras exóticas.

Peggy era una mujer rubia, bonita, que gustaba de la aventura, y de cosas que hicieran más intenso el panorama de su juventud. Más cuidadosa de su parte de belleza física que de su parte moral, todo lo sacrificaba a su capricho, a su voluntad de niña mimada, que aún no ha encontrado el amor y anda desorientada y sola en medio del bullicio y como desplazada de sí misma.

Peggy se hallaba sobre cubierta en compañía de su tía Olivia, vieja solterona cuya vida había sido una cadena de románticos e irrealizables amores, y de sus amigos Bob Grant y Tom Nichols, invitados a la gira marítima. Todos comentaban el panorama esplendoroso y lujuriente que contemplaban sus ojos, la belleza de las playas llenas de palmeras, tras de las cuales se adivinaba una vegetación de paraíso.

El capitán se acercó a ellos y señaló la línea de la playa, verdosa de flora:

-Aquí tienen ustedes la Isla del Paraíso, señores. Es como lo que debió ser el paraíso de nuestros padres.

-¡Lástima que nuestros primeros padres lo hubiesen perdido! -dijo el señor Grant, famoso empresario de California.

-¡Debe de ser una maravilla! -comentó Peggy-, Mira, tía Olivia, ¡qué preciosidad!

-¡Sí, una preciosidad! -murmuró la dama otoñal y melancólica-. Pero creo que más nos valía volvernos y no desembarcar. He oído decir que en estas islas le comen a uno vivo las serpientes.

Una explosión de risas coronó sus palabras.

Grant preguntó sonriente al capitán:

-Y dígame usted, ¿por qué le llaman la Isla del Paraíso?

-Quizá porque los nativos casi nunca reciben la visita de los blancos.

Peggy seguía entusiasmada ante aquel paisaje de leyenda, entrevisto en sus lecturas y que ahora tenía delante, como la caja misteriosa de la ilusión.

-¿Y los indígenas son tan hermosos como se les describe en las novelas?

Tom Nichols, tipo flemático de yanqui rico, a quien sólo interesan las cosas de modo superficial, afirmó:

-Puede que en las novelas se exagere.

-Realmente son una raza magnífica -advirtió el capitán.

-Me muero por conocerlos...

Y la ansiosa Peggy lanzó un suspiro y extendió los brazos como si quisiera fundir entre ellos a la isla paradisíaca.

Tom se echó a reír.

-Siempre en busca de nuevas sensaciones, ¿verdad, Peggy?

-¿Y por qué no? Quiero disfrutar de todo lo que la vida dé de sí... de todo.

-Eres muy joven y no estás cansada.

-Estoy deseosa de muchas cosas, de muchas aventuras... Quisiera ser exploradora, heroína, cazadora, descubridora de mundos nuevos... y, ya ves, soy una muchacha que se aburre.

-Hasta que te enamores de alguien.

-Eso no. Hago como tú. Libre siempre.

Tom se echó a reír. Era hombre poco dado al amor y prefería los viajes por el planeta al viaje largo hacia el mundo del matrimonio.

Y mientras bajo el sol de la tarde los pasajeros del yate hablaban de la Isla del Paraíso y, por reflejo, de sus propias vidas, en el barco pesquero en que iban Kalú y su gente, habían descubierto la presencia de aquel yate exótico, blanco y de líneas finas, que cortaba las aguas con lentitud.

-¡Un barco! ¡Un barco! ¡Mirad! -dijo uno de los pescadores.

-¡Es verdad! ¡Y qué hermoso! -comentó otro de los pescadores.

-Nunca he visto uno como ése.

Era, en efecto, la primera vez que veían un barco que no tuviese la tosca forma de todo lo típicamente isleño. Y todo era bullicio y curiosidad entre los indígenas.

Kalú contempló el vapor y en sus labios floreció la sonrisa del triunfo, que le instaba a ser siempre el primero en todas las cosas.

-Apuesto mi mejor arpón a que llego antes que ninguno.

-¡Apostado!

Varios muchachos se lanzaron al agua, y pronto Kalú les dejó atrás en su prodigiosa forma de nadar, a grandes brazadas, separando a su paso las olas, que parecían huir para volver suaves a acariciarle, satisfechas de su dominio.

Los pasajeros del yate descubrieron a aquel alud de tritones que iba hacia ellos, y Grant lanzó un grito:

-¡Mirad, mirad! Ya vienen hacia aquí.

Tía Olivia tembló.

-¡Dios mío! Esto es que nos van a atacar. ¡Piratas... son piratas!

-¡Pero qué van a ser piratas, señora! -indicó el capitán-. Son indígenas, pescadores, gente de paz.

-¡Hum... de paz! No me fiaría yo de ninguno.

Peggy había avanzado hacia la proa con el deseo de ver más de cerca a los que llegaban. Ayudada por los prismáticos, contemplaba a aquellos hombres morenos que parecían iniciar un asalto misterioso. El príncipe Kalú se había destacado notablemente de todos los demás y, llegando ya junto al costado del barco, se colgaba de unas recias cuerdas que pendían del mismo y en un santiamén subía a bordo.

Peggy, distraída, no le había visto llegar, y de pronto, al dirigir los prismáticos a aquella dirección, quedó sorprendida al ver allí mismo a un hombre joven medio desnudo, fino y atlético, chorreante y alegre, como venido de los mismos dominios de Neptuno.

Apartó los gemelos y le contempló alegremente, parpadeando nerviosa, como si se encontrara ante una aparición y paseando su mirada emocionada por la figura esbelta y juvenil de aquel hombre que parecía tener un aire olímpico.

Risueña, juguetona siempre niña, rió:

-¡Hola!

Y Kalú, que había quedado también como sumido en extraño éxtasis ante aquella mujer de cabellos que tenían color de sol, contestó como un eco:

-¡Hola!

-¿Quién eres?

¡Oh! ¿De dónde venía aquel mancebo bronceado a quien la luz de la tarde, al bañar su cuerpo mojado, parecía llenar de un nimbo luminoso?

El indígena respondió:

-Príncipe Kalú.

-¿Príncipe Kalú? ¿Un príncipe? Tía, Tom, miren lo que he pescado. ¡Un príncipe!

Kalú escuchó inquieto aquellas palabras, miró al grupo de gente que avanzaba hacia él y, temeroso de sufrir algún daño, volvió a lanzarse al mar, nadando precipitadamente hacía la orilla.

Habían acudido todos, pero no pudieron ver ya más que una silueta humana alejándose a toda velocidad.

Tom, viendo el gesto de disgusto que ponía Peggy, le dijo:

-Chica, lo has debido pescar usando un buen anzuelo, pero la cuerda, por lo visto, no era lo bastante fuerte.

-¡Qué lástima! Mira que es tener mala suerte... Pescar un príncipe y perderlo.

Tom sonrió.

-Mientras pierdas el príncipe y no pierdas la cabeza...

Peggy suspiró y se apartó de ellos para seguir contemplando la costa de rumoroso verdor.

Desembarcaron poco después. Con admiración y curiosidad contemplaron la arboleda magnífica que se extendía cerca de ellos, los grandes bosques de palmeras que se agitaban en graciosa melodía.

Saludaron al gobernador de la isla en su residencia, fresca y agradable, abierta a los cuatro vientos.

El gobernador llevaba bastantes años en aquel rincón, olvidado y solitario. Era hombre de genio vivo, aunque pretendía aparentar lo contrario de lo que era.

Atendía a sus compatriotas, satisfecho de que su casa se hubiese honrado por primera y acaso última vez por gentes de su raza, por *gentlemens* tan finos como Grant y Tom, por mujeres que, como Peggy, llevaban hasta allí el aire de la ciudad lejana y suntuosa.

-Sí, sí -decía muy campechano-, aunque me esté mal el decirlo, yo, que llevo quince años conviviendo con estos excelentes indígenas, he trabajado lo mío para educarlos, refinarles y, sobre todo, enseñarles buenos modales.

Grant le interrumpió:

-Pues se necesita buen tino.

-¿Qué?

-Que se necesita buen tino para educar a los salvajes.

-Paciencia, todo lo que se necesita es paciencia... El problema está en no incomodarse ni irritarse nunca. Es lo que yo practico... Pero, Al, ¡con cien mil demonios! ¿Vas a traer el vino o no?

Sus ojos furiosos daban un rotundo mentís a sus fingidos dones de paciencia. Porque el gobernador, como muchos humanos, alardeaba precisamente de lo que carecía.

Al Martín era su ayuda de cámara, su secretario y su consejero, todo en una pieza. Hombre que había recorrido mucho mundo, acababa de recalar al fin, como un viejo barco, en un puerto alejado de las grandes vías de comunicación. Espíritu eternamente imaginativo y optimista, Al no daba demasiada importancia al día de hoy, siempre dispuesto a subir la cumbre del mañana.

Con una flema que contrastaba con la impaciencia de su jefe, Al gritó:

-Ya voy, señor gobernador, ya voy.

Y se presentó con una bandeja y un servicio de licores, todo lo cual estuvo a punto de caérsele al perder el equilibrio a causa de su rapidez.

-¡Que se le va a caer! ¡Que se le cae!

Tranquilizó a todos con un gesto, mientras dejaba el servicio sobre la mesa y servía los licores.

-¡Caer, caer! En mi vida se me ha caído a mí una bandeja, y eso que he hecho malabares con cien de ellas. Porque fui camarero hasta que perdí el seso y me metí en la política.

-Al es mi ayudante -explicó el gobernador-. Un hombre insustituible que ha hecho de todo, ha sido de todo y ha vivido de milagro en todas partes.

-Por lo menos, el licor sabe elegirlo, ¿eh?

Y Peggy le sonrió cariñosamente.

-No tiene nada de extraño. He pasado la niñez entre vinos y todo lo que hay que saber de esto... lo tengo yo embotellado.

Y se alejó entre las risas de los invitados, que comentaban el gracioso proceder de Al.

El gobernador corroboró:

-Como ustedes ven, si no fuera por Al, la vida aquí sería bastante aburrida.

-Ya se ve, ya...

La mirada de Peggy se perdió en la lejanía llena de ese tibio rumor de la naturaleza en su íntima soledad. Después miró al residente.

-Realmente, ¿nunca sucede nada extraordinario en esta isla?

-A veces, sí. Para esta noche, por ejemplo, los indígenas preparan una de sus más solemnes ceremonias.

-¡Dios mío! Algún sacrificio humano, ¿verdad? -preguntó tía Olivia.

-Precisamente un sacrificio humano.

-¡Oh!

-Se trata de un matrimonio.

-¡Ah!

-Los esponsales de Tuila y el príncipe Kalú.

Peggy miró interesada al gobernador.

-¿Dijo usted el príncipe Kalú?

-El mismo.

Instantáneamente, por ante los ojos curiosos y dominadores de Peggy pasó la visión del príncipe sonriente y bello que antes había visto surgir como del fondo del mar.

Tom se imaginó lo que pensaba su amiga, y se lo dijo:

-Se te casa el príncipe, Peggy. Y por cierto que si asistes a la fiesta, tendrás ocasión de besar al novio.

-¿Besarle? Mira, me das una idea. Señor gobernador, ¿podremos asistir a la fiesta?

-¡Qué duda cabe!

-Pero, ¿habrá peligro? Porque si hay el menor riesgo, yo no voy -observó tía Olivia.

-No tema, señora. Respondo de los acontecimientos. Los indígenas son gentes de paz, mientras no se les haga daño y se respeten sus costumbres. Ellos celebrarán que vayan ustedes a la ceremonia de los esponsales. Y podrán ser testigos, de algo típico y nuevo que seguramente no tendrán ocasión de ver más.

-Me muero por estar allí.

-¡Ambiciosilla! -le murmuró Tom al oído-. Cuidado con el príncipe... y sobre todo con la que va a ser princesa.

-Gracias, chico, pero no necesito tus consejos.

Y bebió un sorbo de licor con un anhelo de disimular su turbación. La idea de que pudiera volver a ver a Kalú, ejemplar de hombre semisalvaje, atractivo y

bello, no conocido aún por ella, que tenía la experiencia del trato con la juventud civilizada, cortada casi toda al mismo patrón, con iguales vicios y virtudes, la impresionó... Y quedó como en un éxtasis, entre delicioso y absurdo.

Todo el pueblo se había reunido en una gran explanada rodeada de espesos bosques. Las mozas más hermosas se habían puesto sus menudas vestiduras nuevas y sus collares, que tenían un olor fresco, de flores en su plenitud. Habían rodeado al príncipe Kalú, imponiéndole un hermoso collar, con adoración de esclavas que no osan apenas alzar los ojos hasta su dios.

Kalú estaba impaciente para que cuanto antes comenzase la ceremonia. Al fin llegó Tuila con varias familias poderosas de la isla.

-Tuila. ¿Estás nerviosa? - le preguntó cariñoso Kalú.

-Soy tan feliz, Kalú, que no sé siquiera lo que siento -repuso ella, con emoción.

-Anda, vamos. Todo está preparado. Nos están esperando.

Avanzaron hacia el centro de la explanada donde se habían encendido hogueras que poblaban los contornos de fantásticas sombras.

La noche era suavemente tibia; una luna pálida derramaba su lívido claror entre el enramado de las palmeras.

Peggy, su tía, el gobernador, Grant, Tom, el capitán del yate y Al Martín presenciaban el acto como invitados. Sentados alrededor de la gran hoguera, aguardaban los interesantes momentos de la ceremonia.

Sonrió Peggy al ver al príncipe Kalú que, muy cerca de ella, cogía por una mano a su novia. Le parecía más bello y atractivo que nunca, en esta noche nupcial.

Kalú, que había saludado a Win Ta Tu y a varios personajes importantes de la tribu, se fijó de pronto en los invitados americanos, y entre, ellos vio a Peggy, que le miraba intensamente, con hiriente curiosidad.

Y el príncipe bajó los ojos con un inexplicable malestar, como si sintiera que invadían su cuerpo agudas punzadas de calor. Volvía la mirada hacia Tuila y la sonrisa de ella fue un sedante, el lago azul en que bañó su alma...

Dio principio la fiesta con una misteriosa evocación en lenguaje cabalístico

del jefe de la tribu que alzó muchas veces los brazos y dobló luego el cuerpo en reverencias cortesanías. Su voz era monótona y triste y se adivinaba que repetía conceptos como una letanía.

-¿Qué dice? - preguntó Peggy al gobernador.

-Es el jefe, que acaba de invitar a los dioses a la fiesta y ellos han aceptado. Está diciendo que los dioses han aprobado ese matrimonio y que se casarán dentro de siete puestas de sol.

-¡Una semanita de impaciencia!

Iba a hacer nuevos comentarios, pero calló ante la presencia de varias bailarinas, casi desnudas, de cuerpos que la luz de las llamas llenaba de manchas misteriosas y que danzaron con movimientos dislocados y apasionantes un baile en que palpitaba el amor en su manifestación ingenua y natural. Tras ellas, surgieron cuatro enmascarados, con grandes trajes bordados y retorcidos cascos de un dorado intenso, y bailaron también con grandes saltos escalofriantes. Sacerdotes de su religión, evocaban la bendición de los poderes altísimos que rigen la vida de los pueblos.

Se acentuaba la nota exótica, impresionante, en que el amor comenzaba a tener sabor de muerte. Tía Olivia no las tenía todas consigo. Aquellos encapuchados que parecían fantasmas le quitarían el sueño. Peggy, en cambio, apenas les hacía caso, para seguir contemplando con una mirada cada vez más indiscreta, al príncipe Kalú, que tenía entre sus manos las manos de la princesa.

La ceremonia perdió a continuación su aire de fanatismo y de espanto, para hacerse amable con la melopea graciosa de un canto de ruiseñor.

Kalú se había levantado y, teniendo entre sus brazos a Tuila, cantaba una canción tan grata, tan impregnada de aromas que iban directamente al corazón, que todos, indígenas y yanquis, se sintieron tocados por una emoción igual:

¡Cuánto he soñado la llegada de este día!

¡Cuánto he soñado y deseado ser tu amado y que

¡Al fin el día llegó!

Esta es la noche en que la fe nos va a juntar,

Esta es la hora en que los dioses nos oirán

Jurar fidelidad y amor.

¡Mía, mía siempre!

¡Hasta el fin de todo, siempre!

¡Hasta el fin de todo, siempre!

Y Tuila contestó como un eco:

¡Mío, mío siempre! ¡Hasta el fin de todo, siempre!

Kalú la abrazó más.

Fieles siempre

Y el que no lo sea, morirá...

¡Mía!

La voz de la amada juró:

¡Mío!

Y el príncipe añadió:

¡Siempre!

Hasta el fin de todo.

¡Siempre!

¡Mía, mía siempre!

¡Hasta el fin de todo, siempre!

Y así una y otra vez, repitiendo aquel juramento sagrado, hecho ante los dioses y ante los hombres. Juramento que era coreado por las voces lentas y solemnes de los indígenas, que murmuraban la canción a coro, mientras los tambores esparcían por el horizonte el eco, entre pagano y religioso, de la fiesta.

Peggy escuchaba emocionada, dominada por la admirable voz, por aquella promesa leal y suprema, por aquel ¡siempre! que parecía ser lanzado al destino como un reto. Aquel ¡siempre! que era abrazar al día de mañana para hacerlo tan suyo como el mismo momento que vivían.

¡Oh, ser amada así, como aquel príncipe amaba a Tuila! Y un sentimiento de celos, de envidia, de amor, todo revuelto en su alma apasionada, parecía entablar un combate.

La voz de Grant la volvió a la realidad:

-¡Ese Kalú es maravilloso!

¡Qué éxito se podría obtener con él en los teatros de América!

Peggy sonrió maliciosa.

-¿Por qué no le propones un contrato en tu cabaret? A mí también me parece que en América tendría un éxito fantástico.

-No dices mal. ¿Sabes, Peggy, que me estás animando?

-¿Sí? Pues no lo olvides.

-He de pensarlo bien.

Nuevas bailarinas iniciaron melodiosas danzas.

Peggy vio que el príncipe la estaba mirando. Sonrió y, sacando un pequeño estuche, empolvó su rostro y se miró a un espejito. Kalú dejó de observarla para fijarse inquieto en que Tuila parecía haber sorprendido su curiosidad... Y ya no quiso mirarla más.

Unos indígenas repartieron cierta bebida a todos los asistentes... Era un vino de diferentes mezclas, licor que si se bebía demasiado, se experimentaba rápidamente una embriaguez frenética y alegre. Lo bebían en cazos, sin abusar de él, convencidos de las consecuencias que llevaba.

-Pruebe usted nada más que un sorbo -advirtió el gobernador.

Peggy lo probó y lo encontró excelente. Y bebió más y más hasta apurar el gran cazo. Sentía un gran calor y notaba que en su cerebro bailaban imágenes extrañas, como si allí dentro estuvieran retratadas las que poco antes danzaban ante el fuego.

Al Martín ofreció el elixir a tía Olivia, que al principio no quiso tomarlo.

-Beba usted sin miedo, señora -dijo Al, deseoso de divertirse-. En cuanto beba usted dos tragos, empezará a subirse a los árboles detrás de los nativos.

-¿Yo subiéndome a los árboles? ¡Vaya, por Dios!

Y bebió, bebió tanto como su sobrina Peggy... La música era cada vez más ardiente, más sensual, más poblada de voluptuosidades y de paraísos donde florecía el pecado... Danzaban frenéticas, agotadas en movimientos epilépticos, unas bailarinas. Kalú y su novia, percatándose del daño que hacía ese vino de efectos rapidísimos, apenas lo probaron, queriendo dar a sus dioses, como un sacrificio, el ejemplo de su moderación.

Los músicos hacían redoblar sus tambores, cada vez con un ritmo más intenso y ardiente.

Peggy sintió pronto los efectos de aquel veneno dulce que aniquilaba momentáneamente la razón y abría de par en par un caudal de extraños delirios.

Casi inconsciente de lo que hacía, comenzó a corear las voces de las danzarinas, a dar gritos semisalvajes, y, rotos ya todos los frenos de su propia razón, se levantó y empezó a bailar con movimientos cada vez más acentuados, más encendidos en la sensualidad de todas las danzas paganas, de todos los ritos que en el fondo invocan el amor...

-Danzó y cantó largo rato, entre la emoción de todos los presentes y la admiración del príncipe Kalú, que experimentaba por aquella criatura extraña y fascinadora un poder casi inconsciente de atracción. Tuila, por el contrario, la miraba con rencor, molestándole esa intervención ajena de una mujer infiel a la fiesta religiosa.

Bailó hasta cansarse, hasta no poder más, hasta que sus piernas, más que su voluntad, flaquearon y cayó a tierra como una golondrina herida. Sus compañeros, un poco alegres también a causa de la pequeña libación, la retiraron de allí, mientras tía Olivia, a quien el vinillo encendía su sangre con luces de juventud, perseguía, olvidando su sempiterna seriedad, al buen Al Martín, que tuvo que refugiarse lejos, pues le hacía poca gracia un amor otoñal en plena noche. ¡Si al menos hubiera sido Peggy!

Terminó la fiesta poco después. Kalú devolvió a su tribu a su dulce Tuila, quien ocultó la tristeza íntima que le había causado aquella fiesta, donde una mujer blanca había mirado al príncipe como si lo quisiera para sí.

Égloga, paz, tras la noche de músicas y de bailes de tentación y de paganía... Ahora los bosques, los caminos, los campos, volvían a tener la pureza que el sol da siempre a todas las cosas, como infundiéndoles nueva vida.

Tuila se encontraba cerca del estanque, mirándose a su fondo manso y limpio. Con unos tizones pintaba su cara con grandes rayas, en las que se adivinaba, sin embargo, el deseo instintivo que tiene toda mujer de embellecerse.

En tal ocupación la sorprendió el príncipe Kalú, que la había estado mirando unos momentos antes extrañado de que aquella cara tan fresca quisiera conocer el deleite de la pintura.

La cogió por los brazos y pretendió quitarle la pintura. Ella, llorosa y triste, protestó:

-¡Déjame, estate quieto... déjame!

Kalú sonrió y después de limpiar bien su blanca carita, estampó en ella un beso.

-No te vuelvas a pintar la cara, Tuila.

Tuila sollozó.

-La pintaré siempre que quiera.

-No. Mi Tuila no se volverá a pintar la cara. Es demasiado bonita para ocultar su belleza detrás de una máscara.

-Pues la muchacha blanca también se pinta y tú no hiciste anoche más que mirarla...

El príncipe se echó a reír. Bien conocía la causa de aquel disgusto, bien veía que ella no había dormido bajo la preocupación de una ilusoria infidelidad.

-Escucha, Tuila... tú sabes de sobra que yo no pienso en nadie más que en ti. ¡Lo juro, Tuila!

Extendió el brazo solemnemente.

Ella pareció convencerse y, llevada del amor que sentía hacia él, le dijo:

-¿Me prometes que no volverás a mirarla nunca más? ¿Nunca más?

Contestó el príncipe con sinceridad:

-Te prometo que no volveré a mirar a ninguna otra mujer.

En aquel momento Kalú se dio cuenta de que por uno de los cercanos caminos pasaba aquella atrayente mujer blanca, que poseía un raro poder fascinador.

Quedó contemplándola con una mezcla de aversión y simpatía, con el terror que inspiran los abismos que atraen a su vez como si tuvieran un imán en su fondo.

No, no le era infiel a su Tuila, pero aquella criatura tenía un mirar tan hondo, que acariciaba como un roce sedoso, como una mano de marfil...

Ella, Tuila, sorprendió esa especie de éxtasis, y dijo, nerviosa y airada:

-¡Oh! ¿Y tú eres el que nunca iba a volver a mirar a ninguna mujer?

Y disgustada, abatida bajo el peso de los celos, que cuestan de sobrellevar, marchó corriendo, dejando a Kalú entre la inquietud que le causaba el enfado de su novia, la de los pensamientos bellos y plácidos, y la instintiva atracción de aquella otra mujer que no le había visto y que seguía paseando por entre caminos de flores...

Y quedó allí, cerca de la orilla, por primera vez con una sucesión de pasiones encontradas que se agitaban en su alma con el remordimiento de no obrar conforme a su conciencia.

Peggy, repuesta ya de su pasajera embriaguez, recobrando por entero el dominio sobre su persona, pero llena como nunca del recuerdo del príncipe, blanco personaje de leyenda con el dulce sabor exótico de su raza, paseaba por aquellos contornos en espera de que la casualidad quisiera depararle un encuentro con Kalú.

Encontró a Al Martín, y le dijo señalando la flora realmente espléndida que matizaba de vivos colores aquel paraíso de amor:

-¡Qué flores tan preciosas!

Al, que pretendía entender de todo, quiso demostrar su ciencia y arrancando una de ellas se la dio a oler.

-Humm... se llaman... se... se... *seartrupis*... Bueno, no me acuerdo cómo se llaman, pero hace unos años sí me acordaba, porque yo fui profesor de botánica. Un gran profesor de botánica. Y le podría enseñar todo lo que sé, en poco tiempo. Mire usted, estas cositas que parecen botones, se llaman... se llaman... pues... no me acuerdo. Pero allá viene volando el polen... y cuando el polen vuela... vuela el polen. Y así nacen todas las flores. Es interesante ver...

Pero interrumpió su narración al ver que Peggy se había separado de él para reunirse con el príncipe, que seguía abstraído en sus pensamientos.

Movió la cabeza con gesto picaresco y avanzó hacia ellos. ¡Vaya con la bella compatriota! ¿Le iba acaso a gustar este príncipe indígena? Si se enterara la novia, el país entero vibraría en una guerra.

Peggy miró sonriente a Kalú, y éste, al verla llegar, la contempló tímidamente.

-¡Hola, Kalú!

-¡Hola!

-¡Qué sorpresa!

-Sí.

Al sonrió y metió baza:

-Los misterios de la naturaleza son sorprendentes.

Con una gran amabilidad, procurando dar a su voz matices de fascinadora cadencia, ella prosiguió, mirando a Kalú:

-Al me estaba mostrando todo esto, pero usted lo conoce mejor que él. Así es que más vale que sea usted quien me lo enseñe.

-¿Yo?

-Sí. A él le da lo mismo. Además, él prefiere cortar flores, ¿verdad?

Al se rascó la cabeza, estupefacto.

-¿Que yo prefiero cortar flores? Es la primera noticia que tengo.

-Sí, sí. Vaya usted por ahí y tráigame un *bouquet* bien grande...

-Bueno, bueno.

Se marchó, mirando de reojo a la muchacha. ¡Vaya con la chiquilla!

Peggy, muy insinuante, habló a Kalú. Y se sentó a su lado.

-¡Cómo le envidio a usted, Kalú! -dijo enlazando sus manos con las de él.

-¿A mí?

-Sí. Su libertad, su vida en esta isla encantadora...

Al ponderar su tierra natal, él hizo un gesto de orgullo.

-¿Verdad que es preciosa?

-¡Divina! -continuó ella, apasionadamente-. Y espero que usted me enseñará hasta los más recónditos parajes de ella... Digo, si no está usted enfadado conmigo.

-¿Enfadado?

Y el pobre Kalú, inferior intelectualmente a aquella mujer, avispada, ladina, diplomática, la miraba con ingenuidad.

-Por lo de anoche. ¿No molesté a usted o a los suyos con mi actitud?

Y su voz era como una canción de humildad.

Kalú rió.

-¿Cómo había de molestarnos? Nos alegra ver contentos a nuestros invitados.

-Entonces, ¿somos amigos?

-¿Quién lo duda?

Echaron a andar por aquellos caminos de verde y tapizada alfombra. Atravesaron un arroyo y él la cogió en brazos. Kalú, el bueno, ingenuo, le ponderaba las excelencias de aquella isla afortunada, donde todo tenía como un aroma de paz. Peggy, sintiéndose cada vez más arrebatada de pasión hacia el príncipe, una verdadera pasión, la que ella creía la más grande de su existencia, donde habían abundado los *flirts* y esas aventurillas que pasan como nubecillas y no empañan el vivir, estaba pendiente de sus palabras, y seguía mirándole como si quisiera llenarle de toda la luz de sus pupilas.

De pronto ella dijo, parándose y tuteándole por primera vez:

-Kalú, te encuentro muy extraño. No te pareces a ninguno de los hombres que he conocido. Cualquiera diría que me tienes miedo.

Era verdad. A medida que iba con ella, sentía el príncipe el poder de su atracción, y anhelaba huir, temeroso de faltarle aquella energía necesaria para no sucumbir ante el peligro. Pero no quiso demostrar su temor.

-¿Miedo? No. ¡Pero si me es usted muy simpática!...

-¿Ves? Eso ya está mejor. Porque no puedes figurarte lo que me agradaría serte agradable... gustarte. ¿Te gusto? Di que sí. ¿Te gusto? Di que te gusto un poco.

Sus manos le acariciaban; sus labios, febriles y palpitantes, se le acercaban para implorar un beso.

Kalú sintió un repentino anhelo de estrechar entre sus brazos a aquella criatura, sirena de otros mares y otras tierras, que venía a embrujarle con el hechizo de lo nuevo y lejano. Pero, la idea del deber, del culto que debía rendir a la bienamada, le hizo vacilar. Y barbotó con temor, en una lucha íntima y dolorosa:

-Es usted hermosa, hermosísima...

Peggy suspiró con deleite:

-Y tú eres maravilloso, Kalú. Anoche, al cantar esa canción...

-¿Le agradó a usted?

-Muchísimo. Es divina. Y tú la cantas como un ruiseñor. ¿Quieres repetirla otra vez?

Kalú hizo un movimiento negativo.

-¿Por qué?

-No, no. Es «tabú».

-¿«Tabú»? No comprendo.

-Sí. Está prohibido repetir esa canción. Debe cantarse una sola vez y a la mujer que se ama.

Cada vez más coqueta, más insinuante, prosiguió ella:

-¡Qué interesante! ¿Y no la cantarías para mí... sólo para mí?

¡Tentación eterna y de siempre! La mujer brindando el amor, y el hombre esclavo de su deseo. Eva dominando a su compañero y obligándole a pecar y a rendirle obediencia.

Kalú vaciló. Se lo pedía aquella criatura exquisita que le acariciaba, que hacía un mohín con los labios, como invitando al beso, que expelía toda ella un perfume desconocido que no era ninguno de los aromas que flotaban en su tierra, pero que era una esencia cálida, dulce y fina que entraba por los poros e intoxicaba como un veneno.

-¿Quieres cantarla?

Iba a hacerlo, rendido por la súplica, sin acordarse de que violaba la ley de su religión, cuando en aquel mismo momento un trueno rasgó el silencio de la campiña y se esparció un rumor intenso y hondo como si la tierra retumbase. Una exhalación había rayado como un diamante la pizarra del cielo.

-¿Qué es eso? -preguntó Peggy.

El miedo hizo palidecer esta vez las facciones de Kalú.

-Es el dios del trueno... Allá cerca está su cueva... donde debo hacer oración esta noche.

Y se alejó

-Pero Kalú...

-Hemos ofendido al dios con nuestra presencia. ¡Vámonos, vámonos!

Y echaron a andar aprisa, hacia la casa de Peggy, a pesar de las protestas de la americana.

Tuila se hallaba con su madre y unas amigas ante la puerta de su humilde casa.

Llegó Win Ta Tu a quien saludaron cortésmente y con profundo respeto.

-Bienvenido, Win Ta Tu.

-¡Hola, Fa Uma! Salud, Tuila. ¿Habéis visto a Kalú?

-No.

-¿Dónde se habrá metido? A estas horas ya se debía estar preparando para la noche en vela que tiene que pasar en la cueva del dios del trueno, según es de ley en todo aquel que se casa.

Tuila tuvo un gesto de tristeza.

-Yo no lo he visto hace unas horas. Es de suponer que habrá ido a trabajar con sus compañeros.

Una niña que había llegado hacía poco, comentó:

-No. No está trabajando. Yo sé dónde está.

-¿Dónde?

-Lo he visto en el arroyo con la mujer blanca. Y la llevaba en brazos para cruzarlo. ¡Hum! Yo lo cruzo de un saltito.

-¡Está bien, está bien! -dijo la madre, viendo el gesto que ponía Tuila.

-Cuando venga Kalú, decidle que vaya a verme. Tengo que enseñarle el ritual -indicó el jefe.

-Se lo diremos.

-¡Adiós!

Tuila vio que su madre refunfuñaba contra Kalú, y aun, a pesar de los celos que le envenenaban el alma, quiso defenderle:

-Es posible que el gobernador le haya pedido que le enseñe la isla a esa viajera.

-Es posible. Lo que no creo que le pidiese es que la llevara en brazos.

Tuila calló y salió a otear el horizonte por ver si distinguía a su Kalú. No quería pensar en que podía serle infiel. Pero todo hacía sospechar que había podido ocurrir algo semejante...

¿Por qué tardaba tanto? ¿Por qué la llenaba de aquel dolor y de aquella crueldad?

-Kalú, ¿por qué has cambiado? ¿Por qué ya no me quieres como me querías ayer? -murmuró.

En tanto, en casa del gobernador, tía Olivia demostraba verdadera impaciencia ante la tardanza de Peggy.

-Para mí no tiene duda de que Peggy ha sido víctima de una de esas plantas monstruosas que hay en las selvas y que se comen a los viajeros.

-No, no...

-¡Vaya que sí! Yo leí que una vez un explorador se recostó en una de esas

plantas a encender la pipa, y la planta lo absorbió y todo lo que encontraron de él fue el reloj, parado a las once y media.

El gobernador, Grant y Tom se echaron a reír, pero en aquel momento vieron aparecer con su acostumbrado aire flemático, al célebre Al Martín.

-¡Al! ¡Diablos coronados! -gritó el gobernador-. ¿Dónde te has metido? Puede uno morir de sed y tú tan fresco... ¿Qué hacías?

-No se enfade, señor. Estaba cortando flores para miss Peggy.

Tía Olivia lanzó una exclamación, mientras unas lagrimitas asomaban por sus ojos tiernos.

-¿Cortando flores para ella?... ¿Lo ve usted? ¿Lo ve usted como se ha muerto? ¡Ay, Dios mío de mi vida!

-¡Qué se va a haber muerto! -replicó Al-. Por lo menos no se había muerto aún la última vez que yo la vi, cuando estaba admirando el paisaje con Kalú.

-¿Con Kalú? ¿Con ese salvaje? -rugió tía Olivia.

Alzaba los brazos como si fuera a pegar al príncipe si se le ponía delante.

-Vamos, señora. Cállese, que al lado de Kalú está absolutamente segura - indicó el gobernador.

Tom lanzó su dardo de ironía.

-El que puede que no esté seguro a su lado es Kalú.

En aquel momento vieron aparecer a Peggy, que avanzaba con sonrisa radiante.

-¡Hola, señores! ¿Qué tal?

Tía Olivia mostró su indignación:

-¿Me quieres decir por qué tardaste tanto?

Pero la mejor contestación fue la presencia de Kalú, quien avanzó, tímido y sonriente.

Se había mostrado afable y bueno con Peggy, pero manteniéndose en un apartamiento de cuanto pudiera significar claudicación.

A pesar de los esfuerzos de Peggy, no había ella conseguido que el príncipe la besara. Pero ella, verdaderamente enamorada del indígena, no perdía las esperanzas de realizarlo.

El gobernador saludó amablemente al príncipe:

-¡Hola, Kalú! Mira, te presento a miss Olivia Larebi, mister Grant... Tommy Nichols... A miss Peggy, me parece que ya la conoces, ¿no?

Rió Kalú, y Grant estrechó la mano del príncipe.

-Le felicito. Deseaba hacerlo personalmente y tengo mucho gusto en ello. A todos nos gustó usted muchísimo en su canción, anoche. Tiene usted una voz magnífica.

-Muchas gracias.

Peggy insistió cariñosa, pretendiendo deslumbrarle con los tesoros de la abundancia y del poder.

-Grant puede hablar de eso, Kalú, porque es dueño del cabaret más importante de San Francisco.

Bajó los ojos Kalú. Se sentía cohibido, molesto, entre aquella gente que le admiraba como a un espectáculo. ¿Hasta dónde llegaban en sus palabras para halagarle?... ¿Era cierto que poseía aquella voz?

Grant observó a Kalú y, con su espíritu de negociante que descubre siempre al artista que le ha de proporcionar dinero, le dijo con aire convencido:

-Es usted un artista excelente. Dígame: ¿nunca ha pensado usted en hacer del canto... una profesión?

-No. Nunca. Aquí todo el mundo canta. Eso no tiene importancia. Cantamos nuestro salmo de gracias por la vida amable que los dioses nos dan.

Peggy, serpiente del paraíso, sirena que embruja a los navegantes con su voz de oro, lanzó su dardo envenenado:

-¿Por qué no se viene con nosotros cuando regresemos a América?

-¡Oh, no!

-Allí sería usted el hombre del día.

Grant ratificó:

-Por mi parte, le ofrezco un contrato por un año, si quiere.

-Eso es -intervino Al-. Y yo seré su representante. He sido representante de un malabarista.

El príncipe sonreía ahora, abrumado por aquel peso de bondades, de protecciones, de elogios... Era más feliz cuando permanecía ignorado, cuando las gentes no se ocupaban de él.

Miró a Peggy; le pareció que sería exquisito el ir en su compañía, estar con ella, ver otros mundos que los que había visto desde su infancia. Por instinto, le parecía que había de haber algo mejor, diferente de lo que él tenía ante sí... Su alma primitiva, sensible a todas las emociones del amor, experimentaba también la influencia de la fama, la alegría de la aclamación y del triunfo.

Peggy volvió a insistir con una terquedad simpática que no admitía réplicas:

-Vale la pena, Kalú. América le gustaría mucho. Y sería otra vida y otras alegrías, y el triunfo...

Kalú se sentía adormecido por estas palabras bellas, que hacían flaquear su voluntad. Pero contempló el paisaje que le rodeaba y sintió miedo, como si estuviera realizando una traición.

-No. Esta isla es mi hogar y mi verdadera vida está aquí.

Grant insistió, no queriendo que se le escapase un buen negocio:

-En un año de cantar en América reunirá lo suficiente para comprar diez islas como ésta.

Peggy le dijo una vez más:

-Nunca se arrepentirá, Kalú.

Pero el príncipe parecía haber recibido de pronto todo el perfume de su tierra, impregnada de recuerdos y de esperanzas. Hizo un gesto tajante, de negativa. Su hermosa cabeza se irguió como en un reto.

Dijo con energía:

Cuando mi raza canta
Suena sólo en su garganta

Suena sólo en su garganta
El eco fiel de un sentimiento natural.
No busca en su canción
Del oro la ambición,
Que arrastra a los demás.
¿Venderme yo? ¡Jamás!

Y para demostrar la firmeza de sus convicciones, la arquitectura ideal de sus sentimientos, cantó la canción de amor a la tierra madre, entonada con ardiente ternura filial:

¡País ideal!
Tierra tropical
Que mil bellezas encierra.
País de amor,
De luz y de color...
¡No hay nada igual que mi tierra!
Las palmas, las flores, la mujer,
La brisa, los mares de cristal...
Vivir, morir, soñar y querer.
¡Mi tierra es el ideal!
¡País ideal!
Tierra tropical
Que mil bellezas encierra.
País de amor,
De luz y de color.
¡No hay nada igual que mi tierra!
Las palmas, las flores, la mujer,
La brisa, los mares de cristal...
¡Vivir, morir, soñar y querer!
¡Mi tierra es el ideal!

Después del canto, huyó precipitadamente, sin querer atender las voces de Peggy, que le llamaba.

Con la canción se habría reconciliado con sus dioses, con su tierra, a la que no

podía hacer traición, y se alejaba de los extranjeros, que habían llevado a su alma la inquietud. Especialmente aquella mujer, flor de dulce veneno, que él rehuía aspirar, convencido de sus efectos mortíferos.

Anhelaba cuanto antes que se marchasen para siempre, que le dejaran vivir su vida tranquila y sin ambiciones, al lado de Tuila, cumbre de sus sueños y playa donde reposar...

Si hubiese conocido los pensamientos de Peggy, habría temblado. Ella se sentía saturada cada vez más del deseo de ser de aquel hombre, ungido por el misterio de lo exótico. Y no quería marcharse sin él, sin llevárselo de su país, sin pasearlo por las tierras civilizadas, con la ambición de la mujer que tiene para su regalo el novio más lindo.

Peggy no era una mujer espiritual, pero en cambio era apasionada en sus caprichos y firme en su voluntad. Cuando ella decía ¡quiero! el mundo tenía que inclinarse en una reverencia humilde.

Peggy salió por la noche, en silencio, de su tienda. Sabía que Kalú había de permanecer en la cueva del dios del trueno hasta la salida del sol, en una extraña guardia, impuesta por los viejos cánones. Y ella se proponía ir a su encuentro con la audacia desmedida de la mujer que en su deseo quiere triunfar de todos los obstáculos, aun de la influencia divina.

Avanzaba lentamente por los parajes, en sombra. Empezaba a llover. Ignoraba con exactitud el lugar donde se levantaba la cueva, pero adelantaba, segura de no equivocarse y guiada por la estrella del instinto.

Iba repitiendo en voz baja, con un tono suplicante de criatura que necesita la compañía y el amor:

-¡Kalú!... ¡Kalú!..., ¡Kalú!...

De repente una sombra surgió ante ella y unos ojos morenos brillaron en la oscuridad como luces de desafío.

Una mujer le impedía el paso, mirándola con un odio mortal. La reconoció al instante. Era Tuila, la novia, celosa y vigilante de que nadie turbara la oración de su compañero.

-Deja en paz a Kalú, ¿me entiendes? -le dijo con voz en que vibraba la cólera.

Peggy tuvo miedo. Se vio débil y creyó que iba a perder si tenía que medir sus fuerzas con la indígena. E inmediatamente adoptó la actitud de disimulo, de cautela, con esa perfección del engaño, aprendido en la vida de civilización.

-No sé qué es lo que quieres decir.

-De sobra lo sabes, no mientas... Te estaba espiando... Estás tratando de arrancármelo de mis brazos y vas a destruir su felicidad y la mía sólo por satisfacer el capricho de unas horas...

-Puedes vivir tranquila. Kalú no significa nada para mí.

Rabiosa, prosiguió la nativa:

-En cambio para mí lo significa todo. ¡Todo! Es mío y me pertenece. Y no para un día, sino para siempre... Estás advertida... Deja en paz a Kalú.

-Bien sabes que lo haré.

Tuila volvió a su cabaña, mientras Peggy quedaba unos momentos indecisa, sin saber si regresar a su morada o continuar la busca del hombre soñado.

Pero la pasión, la voluntad de amar, pudieron más, y se decidió a continuar por entre aquellos bosques que la noche muy densa y cerrada poblaba de misterio.

La suerte no tardó en serle propicia. Sin duda unos dioses más poderosos que los que velaban sobre la isla, protegían a la amante audaz.

Al volver un recodo, creyó ver una nube de humo que se levantaba hacia el cielo...

Fue acercándose y distinguió la entrada de una cueva, seguramente el templo del dios del trueno donde Kalú estaba haciendo oración.

Llovía bastante. Peggy deseosa de estar con Kalú, avanzó decidida hacia la entrada de la choza.

Quedó inmóvil, silenciosa, ante el espectáculo que presenciaban sus ojos.

En el fondo de aquella cueva natural, de piedra viva, por donde rezumaba la humedad, se levantaba una estatua monstruosa de metal, que brillaba a la luz roja de unos troncos. Era una figura grotesca, risible para ojos extraños, pero que seguramente para los indígenas merecería, con el fanatismo de la superstición, las máximas devociones. Ante ella, postrado de hinojos, se hallaba Kalú, inmóvil su figura apolínea, y los brazos sobre el pecho en una actitud de oración.

Al cabo ella sonrió, admirada de la meditación del príncipe, y experimentando ante él nuevas y turbadoras emociones.

Avanzó por el recinto al propio tiempo que le llamaba:

-¡Kalú!

Sobrecogido y lívido de espanto levantose el indígena y al ver allí a aquella mujer, cuya presencia le conturbaba, tembló como ante un sacrilegio.

-¡Márchate!..., ¡Márchate!... «Tabú»... ¡No pases!... En la cueva del dios del trueno no pueden entrar las mujeres.

-Pues yo lo hago.

-¡No!... ¡No!... ¡Sal pronto..., por favor...! Es un pecado. Y ni a mí me está permitido hablar contigo. ¡Vete, vete!

Pero ella, sin hacerle el menor caso, llegose a su lado y le acarició, y Kalú sintió el contacto de aquellas manos y un desfallecimiento de su ser.

-Pero, Kalú, ¿eres tú quien quiere que me vaya?

Miró al dios; la terrible efigie parecía lanzar rayos de anatema.

-¡Sí! -gritó Kalú-. Debo obedecer al dios... ¡Vete... vete, «tabú»! Nos traería desgracia. Mi dios lo prohíbe.

-No... Tu dios fue quien me guió a través de la tormenta... él me trajo a ti.

-Tienes que irte... ¡Vamos!... ¡Fuera!

Estaban ya cerca de la salida, y en aquel instante cayó un rayo junto a la cueva... Una serpentina de diamante zigzagueó sobre el rústico portal. Si llegan a salir un segundo antes, perecen fundidos por la descarga.

Retrocedieron aterrados mientras por la boca de ella pasaba una sonrisa de triunfo:

-He ahí la respuesta de tu dios. No quiere que me marche. Quiere que pase la noche... contigo.

-No... No...

-¿Me vas a exponer al peligro de perderme, de ser alcanzada por la tempestad?

Kalú, pesaroso, se dejó caer sobre unas piedras.

-¡Ah!, ¿por qué viniste?

-Porque no podía vivir sin verte... porque necesito que me cantes para mí sola tu canción.

-Es «tabú».

-No lo es. Tu dios nos protege... Quiéreme, Kalú, como te quiero yo...

Sus manos enlazaban las suyas, su boca se acercaba a la de él. Kalú desmayaba en su fortaleza. También sentía de repente, por aquella mujer, una pasión embriagadora y loca. No era la clase de amor que había tenido por Tuila, amor apacible y sosegado, que se contentaba con una mirada, una palabra y una caricia breve; era un amor distinto y terrible que llenaba todo su ser del aroma de aquella criatura y todos sus pensamientos de ella.

-¡Quiero que cantes! -mandó Peggy.

Ya no se negó. Ya no pudo. Ya las viejas órdenes religiosas quedaban incumplidas. Y su voz dulce y atractiva resonó con modulaciones de órgano en las oquedades de la cueva. La melodía prohibida se cantó:

¡Mía, mía siempre!
Hasta el fin de todo.
¡Siempre!
¡Mía, mía siempre!
Hasta el fin de todo.
¡Siempre!
¡Fieles siempre!
¡Y el que no lo sea, morirá!
¡Mía, mía siempre!

No pudo acabar. Una boca moldeó la suya con irresistible fiereza. Peggy, diosa mujer, vencía al dios de la raza... Y Kalú abandonó su oración para ser por toda la noche esclavo de la criatura blanca, venida de otras tierras, para su pasión y tormento.

¡Hasta el fin de todo,
Siempre!
¡Mía, mía, *baby*,
Para que mi amor
Sea alegre!
Y en tu boca
Mil besos de amor beberé.
¡Mía, mía, *baby*,
Para que mi amor
Sea alegre!

Resonó una estrepitosa salva de aplausos. El público de aquel elegante cabaret de San Francisco se entusiasmaba ante aquella actuación magnífica que trasplantaba a las tierras de Norteamérica el perfume y la gracia pagana de Hawai.

Quien había cantado aquella hermosa canción, tan típica de su patria, melodía prohibida para cantar una sola vez en la vida, pero que ahora iba a hacerse popular con la generosidad del arte, que desconoce fronteras, era el príncipe Kalú, acompañado de varias bailarinas americanas que vestidas a la usanza de las islas del Sur formaban el coro de la melodía atrayente y nostálgica.

Kalú y las bailarinas agradecían sonrientes aquella ovación. Y Kalú, esclavo ya de su público, volvió a cantar, siendo de nuevo premiado con el aplauso unánime de la concurrencia.

Sentada a una de las mesas, en compañía de varios amigos, se encontraba Peggy, fumando indiferente un cigarrillo y sonriendo ante los aplausos que se tributaban al príncipe exótico.

Esto era obra suya. Kalú se lo debía a ella. Ella le había hecho abandonar su isla para correr, en alas del amor, hacia las rutas civilizadas. Y ahora comenzaba a conocer las mieles del éxito y la fuerte emoción de dominar sobre los demás.

¡Ah, apenas habían pasado varios meses desde que abandonaron la isla!

Aquella noche de tormenta, en la cueva del dios del trueno, había sido decisiva para la vida del príncipe Kalú. Su vida, su voluntad, su antigua energía las había dejado en brazos de la rubia americana, nueva Eva cautivadora y sensual. Las luces del sol habían iluminado a un hombre nuevo, distinto del de horas antes. Juraba seguir, aunque fuese al fin del mundo, a Peggy, que le acababa de

embruja con los sortilegios y las novedades de una pasión insaciable. Olvidaba a Tuila, a su misma isla, a todo lo suyo, como si en el transcurso de unas horas una esponja hubiera ido borrando los recuerdos de su vida para trazar sobre ella nada más que un nombre de mujer.

Aquella misma tarde, frenético de amor y de sensaciones desconocidas, había embarcado en el yate con sus nuevos amigos norteamericanos. Ni una emoción al abandonar la isla, ni un recuerdo para lo que dejaba, ni un adiós a lo que había constituido hasta entonces su existencia.

Algo más poderoso que todo ello le tenía dominado. Sobre su voluntad, el poder de la mujer trazaba la imperiosa rúbrica de su autoridad.

Miró de frente al mañana, sin volver a sentir para lo de antes ni un átomo de remordimiento. Sería para siempre de Peggy, que le quería de una manera ardiente.

Pronto se sintió saturado de la nueva vida, y se adaptó, con rápido espíritu de comprensión, a las costumbres civilizadas. Aprendió los usos modernos de una sociedad donde todo debe hacerse con cortesía, hasta las malas acciones. Cambió sus trajes indígenas por el frac y la americana, usándolos como si los hubiese llevado desde antiguo. En poco tiempo se «americanizó», y su vestidura indígena sólo debería servirle para actuar en escena.

Su debut fue un triunfo, extendido luego por la crítica de la capital, que hablaba de aquella voz «divina». La radio captó los ecos de su garganta para transmitirlos a los lugares más recónditos, y los discos gramofónicos copiaron sus canciones que eran repetidas en hoteles y casas particulares.

¡Bella existencia la del príncipe! El amor, el dinero y la gloria, trío de lindas cabalgaduras, le arrastraba permitiéndole contemplar el paisaje de la vida con una voluptuosidad de gran señor. Le daban por función una cantidad importante; los contratos llovían, teniendo necesidad de hacer turnos, pues, avaro de su voz, no quería prodigarse con exceso.

Peggy estaba orgullosa de él. Había conocido lo que era el amor de uno de esos indígenas de las islas afortunadas, bello y apasionado como un príncipe de leyenda.

Respiraba satisfecha con la plenitud de la que ya lo ha tenido todo. Pero en su inquieto temperamento, semejante a un mar, había siempre la amenaza de una nueva tormenta. Tras las horas azules y verdes de su actual amor, podría surgir un espumoso viento de amenaza y de tempestad.

Las amigas de Peggy, que se hallaban con ésta en su mesa, aplaudieron fervorosamente y felicitaron a la caprichosa:

-Sabes bien escoger tus amigos, Peggy.

-Tuve el presentimiento de que vencería... y ya veis.

Un hombre pequeñito, vestido de etiqueta, avanzó hacia el micrófono que había colocado junto al escenario. Era Al Martín, el antiguo servidor del gobernador, espíritu de vida inquieta, que había querido seguirles a América y que estaba ahora bajo las órdenes de Grant, el famoso empresario que había contratado al príncipe.

-Esa melodiosa voz que acaban de oír, mis queridos radioyentes -dijo-, proviene nada menos que de la real garganta del príncipe Kalú, el jilguero de los mares del Sur, como le decimos los íntimos, el cual lleva ya tres meses siendo la atracción sensacional de San Francisco en el *Dancing* de las Luciérnagas.

Peggy, distraída y un poco fatigada por la repetición de aquel ambiente, arqueó las cejas al ver pasar a un apuesto joven de muy buen parecer en compañía de una muchacha.

-¡Connie! -le dijo a la amiga que tenía al lado-. ¿Quién es aquél que viene con Molly? ¿Aquel muchacho tan interesante?

-Es Ricky Doyle, el futbolista.

-Lo he visto jugar... ¡Qué chico tan admirable! ¡Y qué elegante!

Y quedó sumida en tal contemplación que no se dio cuenta de que Kalú se hallaba junto a ella y acariciaba una de sus manos.

-¡Hola, Peggy!

-¡Hola! -repuso distraída.

-¿No vas a cantar otra vez, Kalú? -indicó Connie.

-Sí. Falta otro número...

En tanto Molly y su compañero el futbolista Doyle habían pasado cerca de allí, y Peggy, deseosa de hablar con aquel muchacho «tan interesante» llamó a su amiguita.

-¡Molly!

La aludida avanzó sonriente y seguida por el deportista.

-¡Hola, Peggy!

-Anda, quédate con nosotros...

-Perdona, ahora no puedo. Gracias de todos modos, pero estoy invitada al palco de aquellos amigos.

-Vamos. Ya irás después. Quédate aquí... Haga que se quede, señor Doyle.

Y posó sobre él una mirada tan dulce y tan insinuante, que el futbolista, avezado, en razón de su popularidad, al homenaje femenino, la recogió como una admiración más.

Se inclinó, sonriente, y Molly dijo, sorprendida:

-No sabía que se conociesen ustedes...

-No nos conocemos, pero yo le admiro desde hace mucho tiempo- replicó Peggy, entornando con malicia los ojos.

Kalú miró fríamente a aquel joven deportista que acabó, juntamente con Molly, por sentarse a la mesa.

De los puestos vecinos surgían voces en demanda de que Kalú cantase la canción de los mares del Sur.

Peggy le dijo:

-Siéntate... Te presento a mi amiga Molly y el gran futbolista Ricky Doyle.

Hizo el príncipe una ligera inclinación.

-No puedo quedarme ahora. En cuanto termine este número me cambiaré de ropa y volveré.

Ella respondió sencillamente, como si no le interesara demasiado:

-¡Bueno!

Kalú, nervioso, murmuró a su oído:

-No olvides que tenemos que cenar juntos... y a solas.

-Sí, hombre, sí.

Kalú se alejó, sintiendo por vez primera el disgusto que causa una actitud injusta. ¿Por qué Peggy hablaba con aquel despego? Tuvo que esforzarse para ser dueño de sí mismo y sonreír al público, que no admite nunca que el artista pueda sufrir una contrariedad.

Mientras cantaba aquella canción de los mares del Sur que tanto éxito le había proporcionado y que en otras ocasiones Peggy escuchaba atentamente, seguía con la vista puesta en su enamorada que, prescindiendo absolutamente de la actuación de él, estaba enfrascada en particular conversación con Ricky Doyle.

El príncipe sintió un vivo amargor. Pero pronto se tranquilizó. Era absurdo lo que estaba pensando. Lo que ocurría era que él no estaba todavía impregnado de las costumbres modernas que permiten una tolerancia simpática.

Mas la verdad era que Peggy comenzaba a cansarse de Kalú. Del mismo modo que había surgido aquella pasión tan rápida y avasalladora como una tormenta, ahora desaparecía, casi de repente, sin causa justificada, quebrada por un viento del hastío... Y ella, que siempre había sido una ávida buscadora de nuevas emociones, encontraba en su trato y en su nueva relación con el futbolista algo atrayente que llenaba su vanidad de mujer.

-¿Sabe usted que nunca pierde un partido de los que usted juega? -indicó a Doyle.

-¿De veras?

-Soy partidaria de su Club. Y sólo porque es el suyo, por la manera magnífica como defiende sus colores.

-Hago lo que puedo. Pero en lo sucesivo tendré muy presente que usted me mira y me esforzaré hasta lo inverosímil.

-Y yo se lo agradeceré. Es usted tan galante como buen jugador.

Y siguió el tiroteo de mutuas cortesías, mientras Molly, Connie y otras amigas estaban pendientes de la voz de oro de Kalú, que acababa de entonar las últimas estrofas.

Impaciente, el príncipe, después de corresponder a los constantes aplausos, fue a su camarín, donde le aguardaba Al Martin, que mostraba una radiante

satisfacción.

-¡Ah! -le dijo sonriente-, hemos tenido un éxito de los que tumban... ¡Fíjate, chico, fíjate!... Cartas de admiradores... Hijo mío, tu suerte ha sido que yo te haya descubierto y te haya traído aquí...

Él le oía distraído y de pronto le mostró un estuche de joyería.

-¡Ajá!... No me digas... no me digas... Ya sé para quién es... para Peggy.

-¿Crees que le gustará?

Abrió la caja de terciopelo y mostró un magnífico brazalete de brillantes.

Al arrugó el ceño. Era hombre poco dadivoso, para quien nunca habían constituido demasiada preocupación las mujeres y menos para obsequiarlas.

-Sí, sí... es muy bonito... Pero la verdad, chico, este es un mal sistema. Con las mujeres al principio no se debe gastar el dinero por si no están seguras... y cuando están seguras, ¡tampoco!, porque ya están seguras.

Kalú no comprendía aquel razonamiento; para él todo lo que ganaba, bien empleado estaba en obsequiar a la mujer que constituía la razón de su existencia.

-Entonces ¿para qué se quiere lo que se gana? ¿En qué se puede emplear el dinero si no en eso?

Al recogió sus palabras.

-Hombre, a nadie mejor le podías preguntar en qué invertir el dinero. Precisamente yo he sido agente de Bolsa. Y fui consejero de finanzas de los principales capitalistas que quebraron el año 98.

-Pues para eso quizás será mejor seguir mi sistema. Bueno, ya estoy -añadió, contemplándose por última vez al espejo donde se retrataba su elegante silueta de frac-. No debo hacerla esperar. Es la primera noche que estaremos solos en no sé cuántas semanas... ¡Siempre compromisos, siempre teniendo que atender a todo el mundo!

-Ventajas de la gloria.

-Pero preferiría un poco más de intimidad.

Iban a salir cuando apareció un botones con una carta para el artista.

-Miss Peggy me ha dado esto para usted.

-¿Miss Peggy?

Adivinó una dificultad, algo terrible, e instantáneamente por su imaginación pasó la sombra de aquel joven que estaba conversando con Peggy durante la actuación de él. Abrió nerviosamente la esquelita y palideció al leer su breve escrito:

«*Kalú:*

Me cansaba de esperar y me he traído a todos a casa. Ven si quieres.

Peggy.»

Había leído la misiva en voz alta y se quedó mirando a Al Martin con verdadera tristeza.

¿Qué significaba aquel mensaje? ¿Cómo ella, que tantas pruebas le había dado de amor, escribía aquellas frases frías, desdeñosas, casi impertinentes?

Por primera vez los celos llamaron a su puerta con su son agresivo y triste.

De nuevo relacionó aquella esquelita con la actitud anterior de Peggy, cuando él se vio también tratado con una indiferencia desconocida por la amada.

Bajó los ojos, guardó tristemente el estuche en el bolsillo, esclavo de su melancolía y de su dolor, y salió del camarín, mientras Al filosóficamente exclamaba:

-¡Anda, para que compres pulseritas!

Una alegría desenfrenada llenaba la casa suntuosa de Peggy.

Aquella mujer que durante algún tiempo había parecido perder su propia personalidad de criatura ligera y superficial que no da importancia a nada de la vida, volvía a reanudar la ruta de su camino de coquetería, de frivolidad.

La novela de amor con el príncipe Kalú, que había abierto un paréntesis en su existencia, había terminado ya... Duraba ya demasiado para una criatura del temperamento de ella. La presencia de Kalú comenzaba a fatigarla y deseaba nuevas relaciones que la alejaran del ambiente reducido del príncipe del Sur.

Una vez bien conocida el alma de aquel indígena, ya nada había sorprendente en ella. Y Peggy necesitaba otras vidas, otras historias de pasión y de intensidad, pues era, por encima de todo, una criatura novelesca.

La presencia del futbolista Doyle había sido el resorte que pusiera en su alma, otra vez, la pasión de la novedad, de la alegría de lo desconocido.

Se sintió orgullosa de cultivar aquella amistad con el deportista aclamado por los públicos todos, por el hombre que era también artista a su manera...

Conocía las distintas aventuras que esmaltaban la existencia de Doyle; sabía que muchas mujeres habían caído en sus brazos dominadas por aquel as de la popularidad. Ciertamente también que Kalú era un ídolo del público, pero ¡ay! carecía de la fuerza atractiva de un pasado. Todo era igual en su existencia anterior, antes de conocer a Peggy. Una vida lisa, primitiva, sin complicaciones, de paz y de monótona bondad en su tierra, como el curso de un arroyuelo insignificante... Descubierta por ella esa página del ayer, ya Kalú había perdido ante sus ojos el prestigio de lo nuevo. Era monótono; se repetían los episodios de su vida anterior; ningún relieve de aventura desviaba la insoportable monotonía del llano.

Y Peggy, criatura voluble, sentía satisfecha con la íntima amistad que Doyle parecía brindarle.

Aquel muchacho, mimado de todos los públicos y con una experiencia de la vida de que carecía Kalú, pronto comprendió que se encontraba ante una conquista fácil y alegremente aceptó la invitación de ir a casa de Peggy en compañía de otros varios amigos.

La suntuosa mansión de aquella criatura inútil, pero deliciosa, se vio invadida por una colección de personas que sólo ansiaban divertirse.

Desbordose la alegría, como un buen vino generoso... Luego una música de radio puso un frenético delirio en los ojos y en las actitudes de todos ellos... Alguien trajo después unos globitos de goma y empezaron a hacerlos volar y a reventarlos en graciosa pugna.

Contra uno de los globitos pusieron sus ansias Peggy y Doyle, que durante toda la noche no habían cesado de estar juntos y de acariciarse las manos con promesas amales. Por fin lograron hacerlo estallar, pero riendo, perdieron el equilibrio y cayeron al suelo, permaneciendo Peggy echada indolentemente a un lado de su amigo, agitada por carcajadas estruendosas.

En aquel momento se presentó Kalú, que presentía algo desagradable.

Peggy estaba tan dominada por las risas y por sus bromas con Doyle, que ni siquiera se dio cuenta de la presencia del príncipe, y éste quedó unos momentos junto a la puerta, mordiéndose de ira los labios y contemplando aquel espectáculo de juerga vulgar.

Por sus ojos asomó una punta de llanto al ver que se desvanecía la imagen que hasta entonces había tenido de Peggy, una imagen de mujer que sólo vivía y se preocupaba por él.

¡Cuán equivocado estaba! ¡Cómo reía ahora Peggy, con una risa franca, jovial, estridente, de mujer feliz! ¡Ah, no necesitaba para nada a Kalú para mostrarse contenta de la vida!

Varias muchachas rodearon a Kalú invitándole a que jugara con ellas. Pero el príncipe las rehuyó con un gesto de cortesía y avanzó melancólico hacia donde estaba su Peggy.

La miró con aire de reproche, de dolorosa inquietud, con un silencio acusador y doloroso.

Peggy le vio al fin e incorporándose pesadamente y sin demostrar la menor nerviosidad por lo que estaba sucediendo, le dijo:

-¡Hola... Kalú! ¿Qué hay?

Tímidamente y no queriendo mostrar la laga abierta en su alma, se limitó el joven a responder.

-¿Qué tal, Peggy?

-Ya ves... No del todo mal.

Habían traído otro globito de goma y se disponían todos a jugar un partido de fútbol de salón.

-Usted será de nuestro equipo, Kalú -dijo una de las muchachas.

-Gracias -respondió el príncipe, secamente-. Prefiero mirar.

-Antes de comenzar -arguyó uno de aquellos jóvenes-, es preciso beber. Si yo no bebo antes, no puedo ganar.

-Pues vamos a beber.

-Buena idea... Vamos todos.

Acudieron en tropel hacia otro saloncito donde se amontonaban en deliciosa diversidad las bebidas.

-¿Quieres un *cocktail*? -dijo una de las mujeres a Kalú.

Este, que había permanecido ante Peggy y el futbolista sin pronunciar palabra, contestó:

-No... Gracias.

-Pues yo, sí.

Se alejó de él, mientras Peggy, prescindiendo en absoluto del príncipe, como si ya para nada le interesara ese hombre que por ella había abandonado los suyos, obsesionado por un hálito de amor, se iba en compañía de Doyle, quien, desde su mundo de popularidad, consideraba poca cosa a aquel otro artista ídolo de la multitud, pero al que no creía de su rango.

Ya en la cercana terraza, Peggy le dijo a su nuevo amigo:

-¿Quieres traerme algo fresco para beber?...

-Con mucho gusto.

Peggy quedó sola unos instantes. Ya no tenía otra preocupación que la de Doyle. Todo lo de este joven la interesaba y atraía con una encendida vanidad de poder pasearlo por todas partes como su *flirt*, ante la envidia de las otras mujeres.

De pronto oyó pasos y se volvió repentinamente temerosa.

-¡Kalú!

Ante ella estaba, efectivamente, su enamorado, mirándola con un gesto triste y abatido, de hombre que necesita suplicar.

-Me has asustado.

-¿No esperabas a nadie?

-No.

Hubo una pausa. Pareció el príncipe desconcertado, como si no se atreviera a decir lo que se fraguaba en su pecho. Ella, siempre enemiga de situaciones

equivocas y mirando con fría indiferencia al hombre que fue su arrebató durante varios meses, le interrogó:

-¿Me quieres decir qué te pasa? ¿A qué viene esa cara? ¿Estás disgustado?

-Sí, lo estoy... Tú no sabes el desaliento que tengo... Me dieron tu carta... y... creía... creía que esta noche estaríamos solos...

Su ruego de fiel enamorado recibió una contestación desdeñosa, cruel, de criatura a quien no le importa un rápido rompimiento.

-Ya tendremos tiempo para estar solos cualquier otra noche. Hoy no podía desdeñar a mis amigos.

-Pero, Peggy, es que lo espero inútilmente desde hace varias semanas... ¿Qué te ocurre, Peggy?... Ya no eres la de entonces...

Ella rió.

-¡Naturalmente!

-¿Pues?

-Es que ahora estamos en San Francisco y no en tu isla.

-Sí... y bien lo siento. Quisiera que me amaras como me amabas allí, como aquella primera vez.

Peggy le contestó con voz silbante y en los labios un rictus entre despectivo e irónico:

-Me parece que aquí tienes todo lo que allí tenías y aun más...

-No... no.

La cogió por las manos, pero la mujer intentó rechazarle suavemente.

-¿De qué te quejas?

-Peggy... si yo vine a América fue por estar cerca de ti. Por nada más. ¿Crees tú que la seguridad de la gloria me hubiera bastado para abandonar a los míos? No lo pienses... Marché por ti adonde tú quisiste... A cualquier parte de la tierra hubiera ido con tal de estar a tu lado... Junto a ti todo hubiera sido bello, encantador... Porque te adoro, Peggy.

-Ya lo sabía.

-Peggy, yo creí que nuestro amor era algo decisivo en nuestras vidas... Y me he equivocado. No me quieres, te has cansado de mí.

Apretó ella los puños, dio con los suaves tacones contra el suelo. Sentía la impaciencia de todas las mujeres ante las quejas del amante que no interesa ya y que conviene alejar rápidamente de su mundo.

-Bueno... No volvamos con la misma canción de siempre.

-¿La misma canción? ¿Es posible que digas eso de mí?

-Me fastidias con tus impertinencias.

-No son impertinencias, Peggy. Es que yo te sigo adorando como antes y como siempre y noto en ti un desvío que me mata... ¡Sí, Peggy! ¿Es que no me quieres ya?

Suplicaba, rogaba, su voz parecía ir a quebrarse en sollozos. Era el pobre hombre sentimental y apasionado que una vez conocida la vida del amor ya no puede permanecer sin ella...

Peggy se echó cruelmente a reír, y deseando librarse de aquel cariño que adivinaba iba a pesar sobre su vida si no se lo quitaba con audacia, quiso terminar de una manera definitiva.

¿Qué le importaban las consideraciones morales? ¿Qué se le daba a ella de lo que pudiera o no suceder?

Volvió él a repetir con una angustiosa expresión:

-Es que... ya no me quieres, ¿verdad?

Ella, cruel, incisiva, malvada, respondió:

-Hace falta estar ciego para no haberlo visto antes.

-¡Peggy! ¡Oh, Peggy!

En aquel instante se presentó un grupo de invitados.

-Pero ¿todavía no ha terminado la conferencia?... Anda, Kalú, ven, cántanos algo.

-No... no puedo balbuceó pálido.

-Sí que puedes... No te hagas rogar más... Vamos, ven. Aquella canción que nos cantaste el otro día... ¡Estamos tan ansiosos de oírte!

Le tomaron por el brazo y se lo llevaron hacia la sala contigua. Iba Kalú como un autómatas, con el corazón herido por la ingratitud. Sus ojos estaban empañados, poco e faltaría para llorar como un chiquillo.

¡Ay, aquellas frases de Peggy! Aquella sentencia inapelable, fría y cruel, con la tiranía de la mujer que se muestra implacable en sus decisiones...

No, todavía no se daba cuenta suficiente de su importancia. Tenía el aturdimiento del golpe, el daño físico, a flor de piel, pero aún el dolor moral no había llegado a invadirle por completo. Sólo mucho más tarde experimentaría el horror de la soledad.

Vio a Peggy que se hallaba bebiendo la copa de *cocktail* que Doyle acababa de traer para ella. Les miró con verdadero odio, con una mirada mortal en la que parecía vaciarse el alma atormentada de su raza.

Ella le contemplaba pasivamente, casi abrazada a Doyle que no parecía dar importancia al príncipe, como si no le diera miedo alguno la cólera de ese ser de lejanos mundos.

Volvieron a llamar otra vez a Kalú; una muchacha se sentó al piano, y el príncipe, llevado de una inspiración repentina, empezó a recitar con majestuosa indignación:

Hemos terminado para siempre...

Tú no me quieres ya, según has dicho,

Y yo, yo no sé qué decirte.

Parecía pronto a agredirles; varios amigos le contuvieron. Adivinaban la tragedia que ocurría en el alma del príncipe; sabían los amores de ésta con Kalú y ahora, al ver la indiferencia de Peggy y el interés especial que ella sentía hacia el futbolista, temían algo desagradable.

-Vamos, canta.

Peggy seguía sin inmutarse, muy junto a Doyle, como buscando su calor y su protección.

El príncipe, nervioso, continuó cantando la canción, pero esta vez con la

emoción que le producía aquel momento de amargor:

Sólo sé que fuimos tontos los dos.
Yo en adorarte y tú en recompensarme con
traición.
Si me alejo de ti es por complacerte,
Mas nunca dejaré de quererte...
Cuando me vaya, por mí llorarás
Y estando a solas tal vez pensarás:
«¡Qué injustamente le hice sufrir!»
Si por mis celos sentía morir,
Cuando me vaya tal vez pensarás
Que otros amores podrá conquistar.
Dentro de tu alma quizás sentirás
Los mismos celos que me hiciste pasar.
Cuando me vaya sé que por mí llorarás.

Se había hecho un silencio imponente. Miraban todos con temor a Kalú, que pretendía avanzar hacia Peggy y que era contenido por sus amigos.

Kalú continuó su queja de poesía y de dolor:

Quando me vaya también lloraré.
Sí, tus caricias y tus besos nunca olvidaré.
Y aunque tan injustamente me hiciste sufrir...
Ya ves... no me importa. Pues fue para ti...
Quando me vaya, sé que sentirás un vacío muy
hondo...
Que no llenarás...
Y si a otros miras, a mí me verás,
Y si los besas, en mí pensarás,
Quando me vaya sé que llorarás.

Estas frases las cantó con dolor y rabia, desde el fondo de su corazón.

No se oía ni un hálito, un rumor. Una vez hubo finalizado su canción, lanzó una carcajada estrepitosa, de hombre desengañado que emprende una resolución

definitiva.

Luego volvió a mirar a aquella ingrata criatura que había jugado con él, y antes de que nadie pudiera detenerle, se abrió paso y huyó lejos de allí, pegando un recio golpe contra la puerta que iba a separarle, tal vez para siempre, de aquella mujer que había sido más que su propia tierra, que su propia gente, que sus propios dioses.

Herida por aquel desplante, Peggy corrió hacia el recibidor.

-¡Kalú! ¡Kalú!...

Pero ya no había nadie.

Los comentarios eran generales, las murmuraciones, intensas. Peggy pronto se repuso de su estupor y volvió al salón con el aire radiante de la mujer que se ve libre de una pesadilla.

-No pasó nada, amigos míos... ¡A reír, a bailar!

Y así, sin acordarse más del príncipe, siguió la fiesta.

Días más tarde, el empresario Grant y el buen Al Martin comentaban lo ocurrido con el príncipe.

-...y aunque ando buscándole hace más de una semana, no he encontrado ni rastro de él desde que salió de casa de Peggy aquella noche -dijo Al.

Grant se paseó nerviosamente por su despacho.

-Después de lo que he hecho por él... haberme dejado colgado. Eso sí que se llama desagrado.

-¡Oh, no es Kalú quien tiene la culpa! Esa mujer le volvió loco. Y es que él no sabe manejarlas como yo. ¡Sabe Dios lo que habrá hecho y a dónde habrá ido a parar!... A lo mejor anda por ahí pasando hambre...

-¿Pasando hambre? ¡Con el dinero que yo le daba!

-Pero ¿qué entiende ése de dinero? ¿Ha visto usted alguna vez un taparrabos con bolsillo?

- ¡Malo, malo! Entonces... ¿crees tú que no le quedará nada?

-Nada. Era un dadivoso.

-Pero... ¿nada?

-Estoy convencido. Se gastó todo lo que tenía con Peggy.

-¡Pobre chico!

-Joyas, vestidos, trajes, todo lo compró para aquella pérfida criatura.

-¿Quién habrá tenido la culpa del rompimiento?

-¿Quién la va a tener sino aquel diablo con faldas? Se cansó de Kalú; hacía tiempo que yo lo venía notando.

-¡Qué tonto ha sido Kalú! Una cosa era esa mujer, algo pasajero en su vida, y otra cosa el arte que habría de ser todo su porvenir. ¡Haber desaparecido, haberlo dejado todo!... Era un hombre sin voluntad, sin dominio de sí mismo.

-Su raza es así... Apasionada, moriría de amor... Nosotros no somos como esa gente.

-¡Y que Dios nos libre!

-¡Ah, señor Grant!, ¿qué haremos?

-Continuaremos buscándole, pero yo ya pierdo las esperanzas.

Y aún siguieron comentando largo rato aquella desaparición, que hacía exclamar a Al, tristemente:

-¡Ay, las mujeres! ¡Cualquiera se enreda con ellas!

Kalú había ido cayendo rápidamente por la pendiente del abandono desde aquella noche en que Peggy le echó en cara la trágica verdad: ya no le quería.

Al apagarse aquel amor, había terminado todo para él... Estaba roto el motor que daba fuerzas a su vida.

Había sido algo terrible, como esas desgracias inesperadas, que, por serlo, hieren con viveza mayor...

Kalú, hasta días antes, había tenido una fe ciega en aquella criatura a la que

creía ya la eterna compañera de su vida. La amaba como a lo primero del mundo y con la confianza ciega de quien cree no debe acabarse esa felicidad. Y de repente surgió la bárbara realidad haciéndole tropezar en su camino, el engaño y la ingratitud de labios de la mujer que creía pura y suya, el triste desengaño de ver que ocupaba sólo un huequecito, mejor dicho, nada ya, donde antes creyó ser único dueño.

Noche de dolor, noche que no se acababa desde la hora en que Peggy le dijo con agresivo cinismo que todo había terminado. Las luces diurnas tenían para él como la melancolía de los hachones fúnebres. Caminaba desorientado, queriendo huir y no volver jamás, a los lugares por donde había estado con Peggy y donde todo le recordaría aquella perversa y diabólica criatura.

Huyó lejos, muy lejos, apartándose del centro de la ciudad, abandonando su hotel, no volviendo ya nunca más al cabaret de las Luciérnaga.

No, no quería ver otra vez los sitios donde las cosas estaban impregnadas del recuerdo de la ingrata... Y no quiso actuar más ante el público, y desapareció, sin dejar rastro, del círculo de todos sus amigos.

Llevaba varias semanas en una ruta dolorosa, calvario de todos los hombres sobre los que cayó de una manera repentina y vertical la fuerza adversa del destino.

Deambuló errante, por suburbios y barrios que no conocía, pero sin que se le aliviase lo más mínimo su infortunio, que no estaba en las cosas, sino en su interior; el peso lo arrastraba en el espíritu.

Por primera vez, dentro de la civilización, se sintió solo y experimentó la terrible congoja de pertenecer a otra raza y a otra manera de vivir.

Ya nada le interesaba si no era Peggy y comprendía que la había perdido para siempre. Aquellas palabras que le habían lanzado al rostro como una paletada de barro, eran algo definitivo y sin esperanza.

¡Pobre Kalú!... Había perdido, al perder a aquella mujer, la voluntad de vivir y no era nada más que un pelele insignificante.

Casi carente ya de dinero, había dormido en la vía pública, sobre los bancos, como un desdichado más.

Cierta tarde, más lleno de abrumadora pena que nunca, entró en una taberna de los suburbios.

Fue hacia el mostrador y pidió una copa de vino, deseando ahogar sus penas con el alcohol.

Junto a él, unos sujetos bebían alegremente unas copas y miraban de reojo a Kalú, que mal vestido y destrozado por las largas horas de caminata, tenía un verdadero aire de desesperación.

La situación del príncipe era lamentable. Estaba a punto de agotar los últimos dólares; cuando cambiase el último, ignoraba lo que tendría que hacer. ¡Oh, cómo deseaba beber para olvidar! Y su mente derivaba siempre hacia el mismo recuerdo.

¡Peggy, Peggy! Al pronunciar este nombre sentía un enternecimiento súbito y, aunque se lo propusiera, no la podía odiar.

La había amado tanto que, a pesar de la ingratitud de aquella criatura casquivana y voluptuosa, se emocionaba al recordar las horas de amor que ella le había dado. Pero, luego, cuando consideraba bien la traición y el abandono, sentía deseos de matar, de ir al encuentro de aquella mujer y agarrotarla entre sus brazos de salvaje.

Los clientes que bebían con la satisfacción de las gentes a quienes las cosas van bien, le volvieron a mirar y al ver su gesto de desaliento le supusieron en plena indigencia.

Uno de ellos se sintió generoso y dijo:

-Hoy pago yo lo de todo el mundo, hasta lo que beba ese muchacho. Sírvale una copa de licor.

Kalú no respondió, como si nada fuera para él.

Le dieron la copa y él la cogió maquinalmente, haciendo apenas un gesto perceptible.

-¡Vaya, señores! -dijo el anfitrión, que debía celebrar algún negocio redondo-. ¡Salud, ¡suerte y felicidad!

Una sonrisa de sarcasmo pasó por primera vez, después de muchos días, por los labios del pobre príncipe.

-¡Felicidad! -suspiró.

Y apretando mucho la copa y con los ojos fijos en la lejanía, como si viera surgir de repente la imagen de la mujer que era la responsable de todo, cantó una

canción de desterrado, de pobre paria, sin casa, ni hogar, ni nación, de hombre que recorre la tierra llevando como única alforja el trágico peso de su dolor.

Su voz era hermosa, pero llena de una tristeza que abrumaba.

Todos le escucharon, sorprendidos de que aquel hombre, pelele decaído, pudiera poseer tal riqueza de voz.

Y Kalú cantó, como una plegaria:

¡Paria, náufrago, hombre sin fe!
Todos le llaman igual.
Un fracasado en la vida sólo es...
No hay esperanza ya...
Es un despojo de la ciudad
De quien se aparta la sociedad,
En sus harapos va la señal
Del fango y del mal
Donde ha ido a parar.
No le pregunte cuál es su hogar;
De su pasado no hay que indagar;
Si lo consuelan a él le da igual.
¡Sonríe con cinismo fatal!
Nunca menciona lo que ayer fue.
¿Volver a ello? ¿Ya para qué?
Si todo tuvo y todo perdió
Bien lo mereció,
Lo debe ocultar.
Si la tortura asoma a su faz
Déjenlo solo, déjenlo en paz,
Pues su camino trazado está...
¡Su final nunca nadie sabrá!...

Acabó con un gemido doloroso, como si se hubieran roto las últimas fibras de su corazón. El canto, nacido espontáneamente de su alma poética, no era más que el recuerdo de su propia personalidad, el reconocimiento pleno de su fracaso. ¿Para qué todo si Peggy no estaba con él? ¿Para qué luces de gloria si lo que más

amaba en el mundo lo había perdido?

En sus ojos asomaron unas lágrimas y se contempló tristemente a un espejo donde su rostro se retrataba triste y envejecido por el continuo desgaste del dolor.

Los clientes que estaban ante el mostrador habían quedado sin deseos de hablar, contristados por el gemido doloroso del pobre hombre.

El dueño del bar miró furiosamente a aquel singular mendigo.

Le alargó unas monedas y le dijo con aire de insolencia:

-Toma y lárgate... Eso entristece a cualquiera.

Y luego, volviéndose hacia los clientes, exclamó:

-No se preocupen, amigos... Ahora van ustedes a oír algo alegre.

Se dirigió al gramófono y puso un disco. Y al momento la sala se llenó de una tonada dulce, de una voz alegre, optimista, juvenil, de una melodía delicada.

¡Ah! Kalú quedó aterrado, contemplando aquel aparato que reproducía su propia voz. Porque aquel disco había sido impresionado por él en los días, cercanos aún, en que era feliz y vivía con Peggy. Y oyó aquella voz que al propio tiempo que toda su tragedia pasada, le evocaba la tierra dulce de donde había huido y que ya no vería más.

¡Mía, mía, *baby*,

Para que mi amor

Sea alegre!

¡Mía, mía, *baby*,

Para que mi amor

Sea alegre!

Y en tu boca

Mil besos de amor beberé.

No pudo más. Lanzó un terrible grito que sobrecogió a todos los clientes que oían, sin pensar que lo tenían allí mismo, al mágico tenor de moda. Avanzó como un rayo hacia el rincón donde estaba colocada la gramola y empezó a gritar:

-¡Paren eso! ¡Que se calle eso! ¡Paren esa música!

-¿Quieres callarte con mil demonios, vago? ¡A la calle! -vociferó el dueño.

-¡No, no! ¡Que pare! ¡Que se calle! ¡Lo quiero!

-Pero ¿qué le ocurre?

Le contemplaron con espanto.

-¿Qué tiene?

-¡Fuera de aquí!

-¡Está loco!

-¡Paren esa música, porque si no...!

Enarboló súbitamente una silla, y, sirviéndole de ariete, empezó a destrozarse con ella la gramola, rompiendo a pedazos el disco que a otros había recogido su alegre voz de otros días.

-¡Loco, loco... sal de aquí!.. ¡Fuera! -rugió el dueño.

-¡Esa música no, esa música no! -decía como en una obsesión trágica.

El dueño y varios de los clientes se arrojaron sobre él y a duras penas, creyendo que aquel hombre había sido acometido de un ataque de locura, consiguiendo apartarle de allí y, abriéndole la puerta de salida, lo lanzaron como un fardo en mitad de la calle.

Al sentir el recio golpe sobre las piedras, Kalú permaneció inmóvil durante unos minutos, besando con sus lágrimas el frío pavimento.

¡Pobre gusano de la tierra aniquilado por el mal amor, espíritu de hombre ingenuo y apasionado, ciego de fe por una mujer y que ve de pronto que esa mujer es la concreción de toda la mentira, lo más bajo y repugnante!

¡Ah! Se levantó, dolorido de cuerpo y alma. Siguió andando como un muñeco sin voluntad. Iba llorando por la soledad que le envolvía, sin un rostro amigo, sin una mano que acariciar, sin un sitio donde amorosamente se le acogiera

Avanzaba por aquellas calles desconocidas, ignoradas, que jamás había pisado... Se sentía enfermo, con un agudo dolor en el corazón, como si éste quisiera morir.

¡Cuán pequeño se sentía ante la gran ciudad, indiferente a los dolores

humanos!

Hacía frío, y los pocos transeúntes pasaban deprisa, sin sentir el ínfimo átomo de compasión y caridad.

Fue avanzando sin rumbo, como el barco que ha naufragado y que ha de ir a chocar contra la costa,

Y de pronto, al cruzar una calle, vio en una pared un anuncio de brillantes colores, con un fondo de palmeras y de mar azul y en primer término la silueta fina, de rasgos acentuados, de una mujer.

Quedó extático, fijos los ojos en el cartel y leyó el epígrafe que habían puesto al pie del mismo:

¡Las islas de Hawai, las islas del Sur os esperan!

¿Las islas del Sur, sus islas? La tierra privilegiada y paradisíaca donde él nació, donde transcurrió la pureza de su infancia y su juventud intacta y limpia...

¡Islas de Paraíso, patria amada! Y todo él sintiose lleno de un calor dulce, suave, acogedor, como si aquel cartel, como si sus colores hubieran penetrado en su interior iluminando su vida sombría.

¡Islas de la patria, islas doradas! Y ¡oh maravilla! Le pareció que aquella mujer adquiriría los rasgos de Tuila, de la criatura que le había adorado siempre, de la novia primera y humilde, incapaz de una traición y que tal vez estuviese aún aguardándole en aquella isla clara y generosa.

Quedó en medio de la calle, extendiendo los brazos hacia la figura de mujer, que su imaginación débil y enferma creía ver salirse del marco y convertirse en Tuila que, a la vez, con los brazos desnudos hacia él, parecía llamarle amorosamente.

-¡Tuila, Tuila! -repitió con emoción-. ¡Sí, iré, volveré a Paraíso... volveré a ti!

Pero estaba escrito que los dioses de su tierra, ofendidos por la violación de sus cánones, habían de privarle de aquel goce.

De pronto se oyó la bocina bronca, impresionante y nerviosa del automóvil de los bomberos, que iban velozmente a apagar un incendio que se había producido en otra parte de la ciudad. Las pocas gentes que circulaban por la calzada saltaron a la acera para dejar paso al coche de socorro...

Pero Kalú no le vio, no le oyó, no se fijó en nada. Todo era oscuro a su

alrededor, sólo ante él la imagen de Tuila parecía continuar con los brazos suplicantes...

Y en aquel instante ocurrió la catástrofe. El automóvil, potente y con una velocidad impresionante que exigía imperioso vía libre, no tuvo tiempo de frenar ante aquel hombre que no había retrocedido a su paso y chocó contra él, derribándole y lanzándolo a unos metros de distancia.

Kalú dio un grito y quedó inmóvil sobre las piedras.

Corrieron hacia él varios transeúntes, horrorizados por el accidente y le sostuvieron en brazos, viendo que tenía la cara ensangrentada.

Kalú lanzó un suspiro y una última palabra, que era oración:

-¡Tuila!

Un estremecimiento agónico trajo sus facciones y quedó muerto. Y su sangre, generosa y pura, besó aún la tierra dura, el suelo donde había nacido Peggy.

Días, semanas, meses... Y allá en la Isla de Paraíso, el señor gobernador recurría a la radio para sus largas horas de soledad.

La voz del *speaker* de San Francisco dejó oír, con una continuada monotonía:

-Y ahora, señores, van ustedes a oír una de las canciones impresionadas por el malogrado príncipe Kalú, que fue ídolo de nuestro público.

El gobernador hizo un gesto de tristeza. ¡Pobre muchacho! ¡Cuán doloroso había sido su viaje!

Una mujer, Tuila, había oído también aquellas palabras. Sabía por la misma radio que su amado Kalú, a quien seguramente una ráfaga de locura había llevado lejos de allí, había muerto. Y todas las noches, aquella criatura, que seguía amándole con la misma veneración, con el mismo amor de antaño, rondaba por los alrededores de la residencia del gobernador, para oír aquella voz milagrosa de Kalú, que ya no existía...

¡Ah! La voz fresca y cadenciosa del príncipe cantaba:

País ideal.

Tierra tropical,

Que mil bellezas encierra.

Que mil bellezas encierra.
País de amor.
¡No hay nada igual que mi tierra!
Las palmas, las flores, la mujer...
La brisa, los mares de cristal.
¡Vivir, morir, soñar y querer!...
¡Mi tierra es el ideal!

Y cuando acabó la canción, Tuila se sentó en el suelo para llorar amargamente y mirar la línea negra de aquel mar que se adivinaba a lo lejos y que con su lamento parecía también llorar al príncipe muerto, al príncipe joven a quien una mujer cruel enloqueció...

Y los labios de Tuila suplicaron piedad a los dioses de su tierra, con una dulce esperanza de que algún día, en el prodigioso más allá, ya que no había podido ser en vida, las almas de Kalú y de ella se unieran en una divina comunidad de amor.